

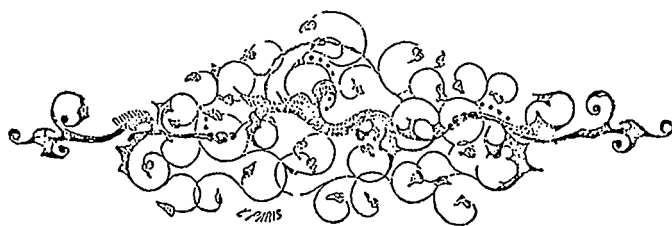
TOUSSAINT-LOUVERTURE

POEMA DRAMÁTICO

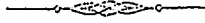
POR A. DE LAMARTINE,

traducido libremente, en variedad de metros,

por Antonio Ribot y Gontseré.



A D. WENCESLAO AYGUALS DE IZCO.



A nadie con mas razon que á ti, mi querido Ayguals, que, enemigo constante de la explotacion del hombre por el hombre, has sido entre nuestros escritores el que con mas brio ha abogado en dramas y novelas por la rehabilitacion de la desgraciada raza negra, cree deber dedicar este trabajo tu invariable amigo.

A. Ribot y Fontseré.



PERSONAS.



TOUSSAINT-LOUVERTURE.
EL PADRE ANTONIO.
SALVADOR.
ALBERTO (17 años) } hijos de Toussaint.
ISAAC (14 años)... }
EL GENERAL MOISES, sobrino de Toussaint.
EL GENERAL LECLERC.
EL GENERAL ROCHAMBEAU.
EL GENERAL PETION.
EL GENERAL FERRANT.
EL GENERAL FRESSINET.
MAZULIMA.
SAMUEL, preceptor de negros.
SERBELLI, hermano de Salvador.
DESSALINES.
UN MARINERO.
UN NEGRO.
UN AYUDANTE DE CAMPO.
UN OFICIAL.
UN SOLDADO.
OTRO SOLDADO.
ADRIANA, sobrina de Toussaint (16 años).
SEÑORA DE LECLERC (Paulina Bonaparte).
LUCIA.
NINA.
ANA.

LA ESCENA EN HAITÍ.

PERSONAS DEL ACTO PRIMERO.

MOISES.	ANA.
PETION.	NINA.
MAZULIMA.	Negros, negras, mulatos,
SAMUEL.	mulatas, marineros, solda-
ADRIANA.	dos, artilleros, ayudantes
LUCIA.	de campo.

ACTO PRIMERO.

En las Guanavas, cerca de Puerto Príncipe. Se vé una habitacion arruinada al lado de un monte que domina una rada. No léjos un campamento de negros insurreccionados. Ordenanzas van y vienen. Una luz brilla sola por enmedio de la ventana alta de una torre en que trabaja Toussaint Louverture. La mar, iluminada por la luna, se pierde en el horizonte. Es casi de noche.

ESCENA PRIMERA.

ADRIANA, LUCIA, SAMUEL, ANA, NINA, blancos, mulatos,
negros, negras.

A la derecha, al son del pifano, del tamboril y de las castañuelas, jóvenes negras y mulatas, formando varios grupos en la escena, se ocupan en deshojar y romper cañas de azúcar. A la izquierda, Samuel, preceptor de negros, sentado en las gradas de una fuente, rodeado de un grupo de niños mulatos, blancos y negros, de doce á quince años, les hace deletrear en voz baja un libro que tiene entre las rodillas. Los niños están al parecer embelesados y atentos.

ANA (*acercándose á Samuel.*)

Cuando es regocijo todo,
celebrándose las paces,
¿por qué están esos rapaces
ocupados de este modo?
Deja que de nuestras fiestas
disfruten y nuestra gloria,

y no llenes su memoria
de palabras indigestas.
 SAMUEL. Lo que les enseñe alegre
su espíritu en este día.
 ANA. ¿Con qué escitas su alegría?
 SAMUEL. Con la Marsellesa negra.
 ANA. La blanca del frances fué
pendon glorioso en la guerra;
pero están en nuestra tierra
los negros en paz.

SAMUEL. Lo sé.
Y bien distinto en verdad
por lo mismo es nuestro canto;
en vez de sembrar espanto,
inspira fraternidad.
No lleva nuestras banderas
á batallas repugnantes...
¡Voy á cantarlo!

(A Ana, indicándola sus compañeras que hablan y cantan á media voz.)

Mas antes
que callen tus compañeras.

(Recita las tres estrofas y hace cantar el coro á los niños. Las niñas mezclan su voz á la de estos.)

LA MARSELLESA NEGRA.

I.

¡Raza infeliz, raza maldita,
que vives ¡ay! para el dolor!
¡do quier estás como proscrita!
¿crimen tal vez es tu color?
Erguid, oh negros, la cabeza,
hijos de Dios somos tambien;
osad mostrar la áltiva sien,
que ya feliz otra era empieza.

Coro.

El ya pasado mal, oh negros, olvidad,
y á los *(á los)* blancos, en fin, amigos abrazad.

II.

La Francia ved, patria de bravos,

la libertad allí nació ;
 la gran nación no quiere esclavos ,
 hermanos busca , siervos no.
 Guardad , guardad en la memoria
 el nombre del libertador ;
 se hace el tirano redentor ,
 ¡ solo de Dios es la victoria !

Coro.

El ya pasado mal , oh negros , olvidad ;
 y á los (*á los*) blancos , en fin , amigos abrazad.

III.

La libertad , si bien es bella
 y de los bravos galardón ,
 derramando sangre por ella ,
 deja hiel en el corazón.
 Ya mas sangre no verterémos ,
 y triunfará la libertad ;
 á Dios , á Francia gracias dad ;
 cual los blancos libres serémos.

Coro.

El ya pasado mal , oh negros , olvidad ;
 y á los (*á los*) blancos , en fin , amigos abrazad.

SAMUEL (*á los niños.*)

Bien , amigos , muy bien ; pero esas notas ,
 que repiten dos mundos con asombro ,
 es menester que en vuestras almas vibren ,
 que no se canten con la boca solo.
 Esos versos se entonan donde quiera ;
 se mezclan en la iglesia con los coros
 que remontan al cielo las plegarias
 al partir de esta tierra que es de lodo.
 Se cantan , en los campos trabajando ,
 con el gesto y la voz y el alma y todo ;
 bajo el cielo , en el mar , dō quier que el hombre
 conserva algun instinto generoso.
 Y si un tirano , un enemigo viene
 para de nuevo hundirnos en el polvo
 de una afrentosa esclavitud , entōnces ,
 multiplicando todos nuestro arrojo ,
 esos versos se cantan con la espada ,

con el tambor, con el clarín y el plomo;
 el himno entonces se convierte en trueno,
 mas que un cañón, mas que un obus sonoro.
(Vivas de los niños.)

ANA. ¿Te acuerdas, Nina, cuando tu señora,
 rompiendo airada el abanico en tí
 y enojos fulminando aterradora,
 pálida de furor, decia así:
 «¡Azotad, azotad á esa indolente,
 «que ahora que la atmósfera es de lava
 «quemar me deja por su soplo ardiente!
 «¡azotad con un látigo á la esclava!»?

CORO DE NEGRAS. *(Cantan irónicamente.)*

¡Ah! ¡ah! ¡ah! pero ahora, señorita,
 vuestra frente vos misma abanicad...
 ¡Gloria á Toussaint! Hoy todo negro grita:
 ¡Viva la libertad!

CORO DE SOLDADOS. *(A lo lejos.)*

¡La libertad!

LUCIA *(á Adriana, aparte.)*

Adriana, ¿por qué tan triste
 y siempre sola y llorando,
 sin que tengan nuestros juegos
 para tí ningun encanto?
 ¿De qué nace tu tristeza?
 tienes apenas trece años;
 el héroe de Haití te quiere;
 de sus hijos separado,
 halla en tí sola el consuelo
 que le queda en su quebranto.
 No con tu afliccion le aslijas.

ADRIANA *(distráida.)*

¿No ves mas allá del cabo
 cómo centellea el mar
 en las sombras agitado?
 Todo atrae mis miradas
 ¡ay! hácia el suelo lejano
 que la mitad se llevó
 de mi vida... ¡Le amo tanto!

NINA *(interrumpiéndolas y dirigiéndose á sus compañeras.)*

Cuando en la cama la señora estaba,
 si por acaso algun insecto vil

en su cútis de nácar abismaba
 su ténue dardo, su aguijon sutil,
 « ¡ Azotad á la esclava, en sus enojos
 decia, y dando rienda á sus furores,
 « hasta que con el llánto de sus ojos
 « mitigue enteramente mis dolores ! »

CORO DE NEGRAS.

¡ Ah ! ¡ bah ! ¡ bah ! pero ahora, señorita,
 vuestro dolor vos misma mitigad...
 ¡ Gloria á Toussaint ! Hoy todo negro grita :
 ¡ Viva la libertad !

CORO DE NEGROS. (*Lejano.*)

¡ La libertad !

LUCIA (*á Adriana.*)

¡ Mas bella ha de ser la Europa,
 Adriana, que este mar vasto
 que besa nuestras orillas
 con incesantes halagos?
 ¡ Mas bella ha de ser la Francia
 que esos bosques solitarios,
 que elevan hasta los ciclos
 sus hálitos perfumados?
 ¡ Qué espectáculo mas bello
 que ver un pueblo que, esclavo
 ayer mismo, parecia
 aun mas que un pueblo un rebaño,
 y hoy, rotas ya sus cadenas,
 cultiva sus propios campos,
 y abona con sus virtudes
 de la libertad el árbol?

ADRIANA (*siempre distraida.*)

¡ Verdes valles ! ¡ ensenadas
 que, como un espejo claro,
 de los bosques que os rodean
 vivo ostentais el retrato !
 ¡ En que florece el bejuco,
 y doblado en verdes arcos,
 forma puentes en el aire
 por donde pasan los pájaros !
 ¡ Arenas, do recogiendo
 conchas de matices varios,
 oía del mar en calma

murmullos que me eran gratos !
 ¡ Bosques poblados de cedros
 y de apiñados naranjos ,
 que perfumais mis cabellos
 á manera de incensarios ,
 y que cuando se os sacude
 con la frente ó con la mano ,
 sobre el que pasa á millares
 derramáis pétalos blancos !
 ¡ Arroyos que de la tierra
 espresais todo el encanto ,
 cuando las brisas del cielo
 os dan un ósculo al paso !...
 ¡ Amado clima ! ¡ del fondo
 de mi soledad ¡ ay ! cuánto
 me complace el recorrerte
 con mi espíritu agobiado !
 Sin embargo , en tus bellezas ,
 que miro con ojos ávidos ,
 hallo no sé qué vacío ,
 cual si de tu mar y campos
 el cuerpo estuviese aquí ,
 y el alma en lugar lejano .

NINA (*á sus compañeras.*)

¡ Recordais á la blanca tan preciada
 que , fundando su orgullo en su color ,
 si lográbamos solo una mirada
 del jóven que era objeto de su amor ,
 « ¡ Un látigo ! esclamaba , que esa infame ,
 « cuyas gracias me insultan y desdoran ,
 « espie con el llanto que derrame
 « los celos que mi espíritu devoran ! »

CORO DE NEGRAS.

¡ Bah ! ¡ bah ! ¡ bah ! pero ahora , señorita ,
 de vuestro amante sin rival gozad...
 ¡ Gloria á Toussaint ! Hoy todo negro grita :
 ¡ Viva la libertad !

CORO DE NEGROS. (*A lo léjos.*)

¡ La libertad !

ESCENA II.

LUCIA y ADRIANA.

LUCIA *(se levanta y se coloca delante de la escena con Adriana.)*

¿Oyes á sangre fria esos clamores
y esos cantos de insulto á los franceses?

ADRIANA. ¿A los franceses?

LUCIA. ¿Tiemblas? ¿solo al nombre
de tan duros tiranos palideces?

Nada temas, Adriana, somos libres;
ya no son esos blancos nuestros reyes.
Entre ellos y nosotros se levantan
cual barrera el océano y la muerte.

ADRIANA. ¿Acaso el viento solamente á ellos
de nuestras playas arrancó?LUCIA. ¿Qué quieres
decir con eso?ADRIANA. ¡Escucha! Es ya preciso
que á la amistad el alma se revele.

Yo misma solo pude poco á poco
de mi melancolía hallar la fuente.
Solo despues de mirar mucho, vemos
el fondo de un abismo que se mueve;
solo despues de sufrir mucho, hallamos
de nuestro mal la causa algunas veces.
; Tú mi origen conoces, buena amiga!
mísero fruto de un amor aleve,
de Toussaint á la hermana abandonada
esta infelice su existencia debe.
Como en mi corazon, en mi semblante
luchando están dos razas diferentes;
mezclada con la sangre de los negros
la de los blancos en mis venas hierve.

LUCIA. ¿Y qué á los blancos debes tú?

ADRIANA. ¡La vida!

LUCIA. Pero en cambio á tu madre dió la muerte
el que la vida á tí. ¡Harto lo sabes!
Un padre, que es posible no recuerde
que abandonada te dejó en el mundo,
ni un suspiro fugaz de tí merece.ADRIANA. Es verdad; pero en vano el tiempo pasa;
la imágen de ese blanco está perenne
aquí en mi corazon, y no es posible
que nunca mi memoria la destierre.
Sé que á mi patria mi cariño debo;

pero mi corazón constantemente
 á aborrecer se niega al blanco ingrato,
 y daría mi ser solo por verle.
 Yo me lo represento tan amable,
 con corazón tan justo y tan clemente,
 de tan raras virtudes adornado,
 que en mis sueños le abrazo muchas veces,
 mis secretos dolores le confío,
 y con el llanto que mis ojos vierten
 su retrato humedezco.

LUCIA.

¿Su retrato?

ADRIANA.

Sí, su retrato, que lo oculto siempre
 al odio de los negros, es la prenda
 que de él mi madre recibió al perderle.
 Cuando á su pena sucumbió la pobre,
 compasivo Toussaint como valiente,
 en sus brazos tomándome, á su esposa
 me llevó, la mejor de las mujeres.
 «Toma, dijo, este exceso de familia;
 «Dios dos hijos te dió, dos hijos tienes;
 «agrega á ellos esa pobre niña,
 «crimen de un blanco, de un raptor aleve.
 «Tomó en el seno de mi pura hermana
 «la vida que te pido la conserves.
 «Cuando en la oveja la preñez es doble,
 «duplica Dios sus fuerzas y su leche.»
 Mi tía me acogió; bebí en su seno
 el néctar de la vida, y lentamente
 crecí con sus dos hijos, que ya grandes
 disputábanse el gozo de quererme.

LUCIA.

¿Y tú amaste á los dos reconocida?

ADRIANA.

Sí, sí, á los dos amaba tiernamente;
 con todo mas hermana me sentía
 de uno de ellos, amiga... ¿Lo comprendes?

LUCIA.

Isaac, el mas jóven, de su madre
 era el ídolo.

ADRIANA.

Sí, ¿quién no le quiere?

Pero Alberto, el mayor, es el orgullo
 de su padre. No sé qué instinto fuerte
 hácia él me arrastraba; yo veía
 brillar mi estrella en su adorada frente,
 y me complazco en presumir que acaso
 yo no le era del todo indiferente.
 Sin hablar nuestros lábios, nuestros ojos
 mutuamente aprendieron á entenderse,
 y el pequeño Isaac, que no podía

de demostrar sus celos abstenerse,
 melancólico á veces exclamaba:
 «Nosotros somos tres, y me parece
 «que solo estoy...» ¡Oh deliciosos días!
 ¡oh de mi amor crepúsculo-naciente!
 ¡oh juegos de la infancia, en que el secreto
 se sorprendía siempre en lo más leve!
 ¡Pasos que en busca de sus pasos iban!
 ¡manos que se estrechaban mutuamente!
 ¡confidencias del alma, que encerradas
 del corazón en los secretos pliegues,
 se revelaban solo con los ojos!...
 ¡Todo una hora lo borró!... ¡Amanece,
 y parte, y quedo sola en este mundo,
 y mi felicidad se eclipsa y muere!

LUCIA.

Si te quería, Adriana, como dices,
 ¿á dejarte qué pudo resolverle?

ADRIANA.

La órden fatal de su sentida marcha
 como un rayo cayó. Tal vez recuerdes
 que cuando Alberto abandonó su patria,
 no estaba aun decidida nuestra suerte.
 Los restos de los blancos derrotados
 se hicieron solo en las ciudades fuertes,
 pero por sus discordias devorados
 poco á poco acabaron de perderse.
 Toussaint, siempre modesto, aunque ceñía
 verde laurel sus victoriosas sienas,
 ocultando su plan, aun se llamaba
 un súbdito leal de los franceses.
 Para el árbitro ser de nuestra patria,
 y conservar el título de jefe,
 les lanzó de los puertos, sus derechos
 fingiendo respetar muy hábilmente,
 para que de este modo su destierro
 voluntaria partida pareciese.
 Apremiábale el tiempo; vacilaban
 algunos negros de carácter débil;
 concluyóse un tratado; Toussaint hizo
 que al político el padre sucumbiese;
 para mejor cohonestar su engaño
 dió á la Francia sus hijos por rehenes,
 y dijo: «Si quebranto lo pactado,
 «que mis hijos que adoro me detesten.»
 La libertad este holocausto horrible
 no rehusó, Lucía, y nuestro héroe,
 inmolando á sus hijos, se inmolaba

él por ellos también resueltamente.

Partió la escuadra y se llevó á mi Alberto
á ver otro país... ¡y otras mujeres!

LUCIA.

¿Y nunca al viento y á las olas fia
una noticia suya que á tí llegue?

ADRIANA.

¡Oh! ¡nunca! ¡nunca! ¡me olvidó el ingrato!

¿Puesto en su corazón quieres que encuentre
el tierno amor de una infelice niña
de que el blanco burlesco mofarse suele?

¿el amor de una niña casi negra,
que toma de las márgenes agrestes
las galas con que adorna su cabeza?
¿que para ornar sus brazos solo tiene
una sarta de conchas, y se pone
semillas coloradas por aretes?

¿Él, que vive entre blancas, cuyo rostro
está formado de carmin y nieve,
que las vé al resplandor de mil bugías,
que en lluvias de diamantes se sumergen,
y que en carrozas de oro se trasladan
de palacio en palacio?... ¡Si supieses
á esas, que hoy reinas son de mi adorado,
cuánto mi corazón las aborrece!

Escucha: se murmura, mas yo creo
que el público rumor á veces miente,
dícese que esos hijos se avergüenzan
del padre mismo á quien la vida deben.
Que escuchando del blanco los consejos,
que á los negros les dice que detesten,
menosprecian su raza, y de este modo
hacerse blancos cual los blancos creen.

Se dice que de halagos se les nutre,
que el procónsul de Francia quiere hacerles
ó de su propia patria los tiranos,
ó esclavos del antiguo continente.

Fingiéndose sensible, les educa
como place á sus fines é intereses,
y ante él Alberto fascinado, ciego,
cual pájaro que acosa una serpiente,
padre y madre y nación y raza y todo,
todo cree encontrarlo en quien le pierde.
¿Dícese aun mas! Del héroe de la Francia
una hermana le mimó y le proteje,
haciéndole creer la seductora
que á los blancos mas bellos le prefiere.
¿Lo crees tú?...

ESCENA III.

ADRIANA, LUCIA, PETION, negros, negras, marineros,
ayudantes de campo, artilleros, etc.

Se nota un movimiento repentino y general en el fondo de la escena. Los negros de ambos sexos se precipitan hácia una roca elevada que domina el mar, y miran el horizonte, mostrándose mutuamente alguna cosa con sus ademanes. Lucía y Adriana, interrumpidas por esta agitacion y griteria, siguen el grupo de negros y miran el mar como todos. Un negro pasa corriendo hácia el cuartel general y grita.

UN NEGRO. ; Una escuadra! (*Desaparece.*)
 UNA NEGRA. ; Cuántas velas!
 OTRO NEGRO. ; Miles de buques nuestros mares hienden!
 UNA ORDENANZA *de Toussaint.*
 ; Las llamas! ; las señales!
 UN AYUDANTE DE CAMPO *mulato de Toussaint.*
 ; Artilleros!
 ; á vuestros puestos, y velad!
 UNA NEGRA (*indicando las montañas.*) Parece
 cada cerro un volcan.
 UN NEGRO. ; Para la escuadra
 que nuestro pueblo avasallar pretende
 un volcan sea Ilaití, que con su lava
 escombros, destruccion y muerte siembre!
 LUCIA. ; Qué aurora tan horrible se presenta
 tras una noche plácida y alegre!
 ADRIANA (*mirando el mar.*)
 ; Cuán inmensa es la línea! hasta al cabo
 de Samaná fatídica se estiende.
 El Océano entero turbulento
 contra la isla al parecer se viene.
 UN NEGRO. Las arandelas con sus bronces brillan,
 y soldados siu fin hay en los puentes.
 PETION (*á un marinero negro.*)
 Tú de San Nicolas al puerto lleva
 las órdenes del jefe. Que aparejen
 un aviso al momento, que los buques
 reconocidos sean y se cuenten.
 ; Nada, nada de velas! ; date prisa!
 ; recorre cuantas olas el mar tiene!
 Treinta remeros ágiles escoge;
 raudo cual tiburón la espuma hiende,

y si un buque os da caza , antes que os prenda ,
 en el fondo del mar buscad la muerte.
EL MARINERO. Es Toussaint mi señor , suya es mi vida ;
 la voluntad de Dios y de mi jefe
 son una sola voluntad. Aun antes
 que á nuestras playas esas auras lleguen ,
(Indicando algunas auras.)
 me volvereis á ver con mis remeros ,
 ó pasto habrémos sido de los peces.

ESCENA IV.

Los mismos, MOISES y MAZULIMA.

MOISES *(conduciendo á Mazulima delante de la escena.)*

¿ Ves una lámpara inmóvil
 que en aquella torre brilla?

MAZULIMA.

¡ La lámpara de Toussaint !
 es la estrella de la isla.

A la gloria nos conduce ,
 á la libertad nos guía.

MOISES.

¿ Lo crees? Yo , sin que vea
 su virtud casi divina ,
 adorarla no consiento.

Quiero antes saber las miras
 de ese Toussaint arrogante ,
 y ver si el plan que medita
 puede dar broquel seguro
 á la patria que peligra.

Tal vez...

MAZULIMA.

Hablemos mas bajo.....

MOISES.

Grandes recelos me inspira
 en una cabeza sola
 ambicion tan desmedida.
 Tal vez de infames proyectos
 somos máquinas pasivas ,
 y súbditos de un tirano
 que es de nuestra sangre misma.
 Si bajo su voluntad
 á doblarnos nos obliga ,
 humille al menos su orgullo
 y abata su frente altiva
 delante de los peligros
 que amenazan á la isla.
 Por mas que él libres nos llame ,
 el nombre no me fascina ;

si él manda, si él es el amo,
somos siervos todavía.
MAZULIMA. ¡ Siervos de un negro!
MOISES. Sí, sí.
 ¡ Siervos somos, Mazulima,
de un antiguo compañero!
MAZULIMA. ¡ Y tanta sangre vertida!
MOISES. ¡ Para esclarecer un nombre!
MAZULIMA. ¡ Tal baldón! ¡ tanta ignominia
A los blancos arrojando
de esta tierra tan querida,
¿ qué hemos conseguido pues?
MOISES. ¡ Nada! ¡ lo que yo previa!
¡ solo mudar de tirano!
¡ oh! si el hado nos precisa
á abdicar nuestros derechos,
sea de raza enemiga
quien nos ponga las cadenas,
y no de nuestra familia.
Yo siento menós vergüenza
cuando doblo la rodilla,
si no es negro como yo
el señor que me esclaviza.
MAZULIMA. Casi siempre el hombre lleva
su idea en el rostro escrita.
MOISES. ¡ Veamos pues á Toussaint!
MAZULIMA. ¿ Y si tu rencor ó envidia
hallase fraternidad
donde teme tiranía?
MOISES. ¡ Qué en los días del peligro
figure en primera fila! (*Salen.*)

ESCENA V.

Los mismos, menos MOISES y MAZULIMA.

PETION (*á un artillero de la batería, indicándole la ventana de Toussaint.*)

¡ Atención! ¡ la vista siempre
ten en la lámpara fija,
y á la primera señal
el fuego en toda la línea!

(*Volviéndose hácia el grupo de negros y negras, y hácia Lucía y Adriana.*)

¿ Y aquí, vosotros, qué haceis?
¿ por qué con alma tranquila

mirais la nube preñada
de riesgos y de desdichas?
¡Id! ¡dispersaos! ¡do quiera
decid: la patria peligra,
y de un amante ó de un padre
presentaos á la vista,
para que la libertad
le sea así mas querida!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

PERSONAS DEL ACTO SEGUNDO.

TOUSSAINT-LOUVERTURE.
EL PADRE ANTONIO.
MOISES.
MAZULIMA.
PETION.
DESSALINES.

ADRIANA.
Un marinero mulato.
Generales, oficiales y
soldados del ejército de
Toussaint; pueblo.

ACTO SEGUNDO.

Interior de la torre elevada que sirve de gabinete y observatorio á Toussaint-Louverture. En medio, una mesa llena de mapas y papeles, alumbrada por una lámpara de hierro. A la derecha, un reclinatorio con un crucifijo. A la izquierda, junto á una puerta secreta, un armario con vasos y cestas. A la derecha, una puerta grande cimbrada. A la izquierda, una ventana que tiene tendida una estera.

ESCENA PRIMERA.

TOUSSAINT (*solo. Se pasea á pasos interrumpidos y desiguales.*)

¡ Esta hora esperada del destino
llegó ya pues!... ¡ En vano pedí al cielo
que me prestase su poder divino
para á lo ménos suspenderla! ; en vano!
¡ Había al cabo de venir, y vino
para con sangre amancillar mi historia!
¡ Forzosa entre el esclavo y el tirano
es la lid, pues forzosa es la victoria!...
(*Se detiene un momento.*)
¡ A qué pruebas el cielo me condena!

Subí, subí... me encuentro ya en la cima
 en que de dudas mi ambicion cercada
 por mi raza y por Dios va á ser juzgada.
 Así Moises del Sináí la cumbre
 ganó tambien, y desde el alto monte
 mostrar quiso á la ciega muchedumbre
 una patria mejor, otro horizonte.
 Y vió en la exaltacion del parasismo
 al mismo tiempo del Jordan la orilla
 y una tierra de odiosa servidumbre,
 al mismo tiempo el cielo y el abismo.
 Con ansiedad análoga á la mia
 sufrió un rato de horror y de agonía,
 y sin embargo Jehová al profeta
 en sus horas de insomnio visitaba;
 delante de su pueblo caminaba,
 y sin cesar servíale de guía.
 ¿Y yo?... ¡gran Dios! ¡perdona si me inquieta
 la duda sin cesar! Aunque no vibre
 tu voz en mis oídos, sé que marchas
 ante el pueblo que lucha por ser libre.
 Conozco, sí, conozco tus arcanos;
 en mi frente tu gracia reverbera;
 tú no quieres esclavos ni tiranos;
 la justa causa es la mejor bandera.
 ¡Animo, pues, Toussaint! ¡cierto es el triunfo!
 ¡este es tu Sináí! ¡solo lo alcanza
 el que de Dios alcanza el pensamiento
 para ser en la tierra el instrumento
 que ha de ejercer su funeral venganza!

(Da algunos pasos rápidos como escitado por el entusiasmo interior, y cae en seguida de rodillas.)

¡Sin embargo, en un pobre y negro anciano
 es harta audacia de una raza entera
 tomar la causa en su cansada mano,
 y decir: Yo soy árbitro de todos,
 yo haré de todos ellos lo que quiera!...
 ¡Ay! ¡me siento angustiado y como preso
 viendo las vidas que yo solo peso!
 ¡Si he comprendido mal... si la palabra
 de Dios he interpretado falsamente,
 catástrofes sin fin mi engaño labra!
 Dios otorga una hora solamente
 al pueblo que entre grillos se quebranta
 y sus cadenas impotente muerde,
 ¡ay de aquel que impaciente la adelanta!

¡ay tambien del cobarde que la pierde!
(Se arrodilla en el reclinatorio, delante del crucifijo, y llora.)

Necesito rogar á aquel que nunca
 en mis tribulaciones me abandona;
 que me infunda el denuedo que él tenia
 al ceñirle de espinas la corona.

(Ora.)

¡De redencion emblema y de agonía,
 que para al hombre libertar sufriste
 la muerte en una cruz!...

(Se interrumpe, y prosigue con amargura.)

¡Oh! ¡qué ironía!

¡el corazon al ruego se resiste!

¿Ruego al Dios de los blancos? ¡Los tiranos,
 de quienes devoramos tanto insulto,
 nos han dado el Dios mismo que profanos
 amancillan y ofenden con su culto,
 y es menester, postrándonos de hinojos,
 que entre el cielo y nosotros se disipe
 su imágen sin llegar á nuestros ojos!
 ¡Su propio Dios me ha de prestar amparo!
 Su juez será, su redentor ha sido,
 y, sin distinguir razas ni colores,
 debe amar la desgracia el que ha sufrido
 clavado en una cruz tantos dolores.

(Vuelve á empezar la oracion.)

¡Tú que la sangre bondadoso diste
 para sacar de esclavitud al hombre,
 concédeme el denuedo que tuviste,
 y hasta al morir bendeciré tu nombre!

(Se levanta y dice lentamente.)

A tu fuerza, Señor, nada resiste;
 yo, de la fimbria de tu manto asido,
 he llegado al poder desde la nada
 entre miles de miles escogido.

Que para tus designios soberanos,
 para una raza castigar impía,
 sacándome del cieno en que bullia,
 te vales del menor de tus gusanos.

¡Señor!...

(Oyendo ruido en la puerta del fondo.)

¿Pero quién viene? Cuando invoca
 la gracia de mi Dios mi humilde boca,
 cuando solo escucharle pretendia,
 ¿quién me interrumpe? ¿quién? ¿Quién se coloca
 entre tí, Santo Dios, y el alma mía?

ESCENA II.

TOUSSAINT, MAZULIMA y MOISES.

TOUSSAINT (*admirado, se adelanta hacia ellos, y despues de haberles mirado con sorpresa y atencion.*)

¿Sin mis órdenes aquí?...

¿Qué os trae pues?

MAZULIMA.

Una duda.

TOUSSAINT (*á solas.*)

¿Lo adivinaba! ; esos quieren
cortar al águila plumas!
Cuando el genio en sus arranques
se lanza á grandes alturas,
quieren reprimir su vuelo
los prudentes, y le asustan.

(*En voz alta.*)

¿Se duda?... ¿De quién? ¿de mí?

¿del éxito de la lucha?

¿ó de los negros acaso?

¿Es una traicion la duda!

Hablad ya.

MOISES (*á Mazulima.*)

Díselo todo.

MAZULIMA (*á Moises.*)

No me atrevo... me repugna...

(*Largo silencio de irresolucion.*)

TOUSSAINT (*con ironía.*)

¿Para ayudarme á pensar
vinisteis con tal premura?

MOISES.

¿No, jefe! mas cuando un pueblo
sufre terribles angustias,
su pensamiento es de todos
los que las armas empuñan.

¿Son bastantes, para un pueblo
sostener, las fuerzas tuyas?

¿Un hombre vale un consejo?

¿tu cabeza mas que muchas?

¿No sientes á cada instante
que necesitas ayuda?

¿interrogar los instintos,
la conciencia y razon públicas,
que son, habiendo conflictos,
mas que las de uno seguras?

Dispuesto á desenvolver
tú solo una idea oculta,

¿á luchar solo te atreves?

¿solo contra la fortuna?
 Y si te retira Dios
 la gracia con que te escuda,
 ¿responderás de una raza
 á las edades futuras?
 ¿Es debilidad ó fuerza,
 cuando la ocasion apura,
 formar la conviccion propia
 con algo de cada una?
 ¿Convocando al pueblo entero,
 decirle: «tu causa es tuya?»
 Por un pueblo un hombre muere,
 mas por un pueblo no juzga.

TOUSSAINT (*á Mazulima con desprecio.*)

¿Y tú?

MAZULIMA.

Yo como llegase
 algun dia á vuestra altura,
 un vértigo temeria,
 y por mi falta ó mi culpa
 á cuantos me obedeciesen
 llevar conmigo á la tumba.
 Yo mendigaria á todos
 sábios consejos que ilustran,
 y diria: «al pueblo toca
 trazar mi historia y su ruta;
 que mi memoria se salve,
 por mas que todo sucumba.»
 Me estremeciera pensando
 que soy de un pueblo columna,
 y que ante Dios responsable
 soy de todas sus criaturas.

TOUSSAINT (*tomando á ambos de la mano muy bondadosamente.*)

Escuchad... Bien os comprendo;
 esa idea que os abrumba
 clavada tuve en mi mente
 sin poderla arrancar nunca.
 Y muchas veces me dije:
 «¿Quién? ¿tú, miserable oruga,
 te atreves á ser de un pueblo
 la única luz que le alumbra?
 ¿Ante el mundo y ante Dios,
 que es quien abate y encumbra,
 á responder de una raza
 que se pierde ó que se funda?
 ¿A llevar el pensamiento
 en tu frente de la turba?

¿á hacer de tu corazón
de corazones la suma?
En un mortal esta idea
es blasfemia ó es locura;
quien la lleva á Dios y al hombre
las facultades usurpa...
¿A Dios?... Medite un momento...
¿y si fuese por ventura
yo su instrumento? ¿Quién sabe?
Él obra solo, no hay duda,
pero por medio del hombre,
de un César, Rómulo ó Numa,
de un Mahoma ó de un Washington,
que de gloria el orbe inundan.
¿Quién sabe si entre los negros
hay una de esas figuras,
que se guardan en la historia
como si fuese en una urna?

Entonces, puesto en Dios el pensamiento,
contemplé frente á frente mi destino,
y se elevó mi espíritu en su fango,
y llenó los espacios infinitos.

Mi vida recorrí con la memoria,
y hallé un milagro en cada paso escrito;
viendo, pues, un prodigio en mi pasado,
busqué en mi porvenir otro prodigio.
La luz de la esperanza desde entonces
disipa las tinieblas de mi abismo.
Escuchad.....

MAZULIMA (*en voz baja á Moises.*)

En su fe leo el milagro.

TOUSSAINT. El taller de Jacmel un capuchino
un dia visitó; me vió, y severo
se detuvo ante mí, y así me dijo:
— Toussaint, este es el nombre de tu cuerpo,
pero tiene tu alma otro distinto,
ignorado de tí. Tú eres Aurora.
— ¿Y de qué soy Aurora, padre mio?
— Aurora de un gran dia que se acerca,
preparado por Dios. Yo te lo digo.—
Y corrompiendo este vocablo el pueblo,
mi nombre en Louverture ha convertido.
En mí la libertad bautizó el fraile;
se fué en seguida, y nunca mas le he visto,
pero dejó en mi espíritu sembrado
un gérmen de valor con su bautismo.

Adivinando mi mision sublime,
queriendo ser de mis destinos digno,
escatimé mi mísero alimento
para darme un maestro y comprar libros.
A un pobre cabo de instruccion mediana
debe mi ciencia su primer cultivo,
y quitada la venda de mis ojos,
ví la vasta estension de mi destino.
Disipadas del alma las tinieblas,
con el saber la voluntad me vino;
adquirí sentimientos de justicia,
y acaricié proyectos atrevidos.
Me evadí luego, y, sin dejar la isla,
los españoles diéronme un asilo;
me incorporé á su ejército valiente;
de los combates aprendí el oficio;
con mi sangre compré grados y grados;
de independenciam en fin resonó el grito,
y á general llegué desde recluta,
luchando siempre con el mismo brío.
Mimado de los blancos y los negros,
mi autoridad mantiene el equilibrio,
y si la Francia nos envia un jefe,
se cumplirán del todo mis designios.
U omnipotente, ú otra vez esclavo.
¿Lo comprendeis?

MOISES (*en voz baja á Mazulima.*)

¿Omnipotente ha dicho!

Esta sola palabra le revela.

Justas son mis sospechas, ya'lo has visto.

TOUSSAINT. ¿Aun dudando seguís?

MOISES (*irónicamente.*)

Está probado

que en vos se encuentra un ciudadano digno.

(*Se van.*)

TOUSSAINT. ; Vigilancia! ; vigilancia!...

(*Se va á la ventana y levanta la estera.*)

ESCENA III.

TOUSSAINT, ADRIANA.

TOUSSAINT (*oyendo llamar á la puerta de su gabinete, se adelanta para abrirla.*)

Oigo una planta indiscreta
que se aproxima á mi estancia...

¡Y es por la puerta secreta!
 ¿Algun espía?... Esa Francia.....

ADRIANA (*entrecabriendo la puerta y asomando tímidamente la cabeza.*)

¡Tío!

TOUSSAINT.

¡Flor de bendición!
 ¡estrella que Dios me envía
 en mis noches de aflicción!
 ¡sangre de mi corazón!.....
 puedes entrar, hija mía!
 Yo me inspiro en tu mirada,
 que no me puede engañar,
 y en tu voz tan delicada;
 me place á Dios consultar
 en tu sonrisa adorada.
 Desde que Isaac y Alberto
 abandonaron Haití,
 de pesar hubiera muerto
 á no ser, hija, por tí,
 sola flor de mi desierto.
 ¿Mas por qué estás sin cesar
 velando cual llama inquieta,
 sin dormir, sin descansar?
 ¿qué pena tienes secreta?
 ¿te atormenta algun pesar?
 Duerme, duerme cual durmió
 Moises en su edad de niño,
 que sobre el agua nadó
 en la cuna que le dió
 de todo un Dios el cariño.
 Puedes tranquila dormir.

ADRIANA.

Perdonad: antes quisiera
 á un buen hombre introducir,
 que lo pide de manera
 que no puedo resistir.

TOUSSAINT.

¿A estas horas? ¿un buen hombre?...
 ¡qué misterio! ¿quién será?
 no te admire que me asombre...
 ¿á qué á tal hora vendrá?...
 Adriana, ¿dijo su nombre?

ADRIANA.

No, ni adivino quién sea:
 lleva muy tosco sayal,
 y una cogulla sombrea
 su rostro en que centellea
 algo sobrenatural.
 Ha de la guardia burlado

la vigilancia ; por vos
con afan me ha preguntado ,
y llegarse á vuestro lado
suplica en nombre de Dios.
TOUSSAINT. Venga , pues , á mi presencia ;
y tú , durantè la audiencia
no te alejes , mi ventura.
(*Aparte.*)
No hay escolta tan segura
como la fe y la inocencia.

ESCENA IV.

TOUSSAINT, EL PADRE ANTONIO.

(*El fraile se adelanta lentamente, y al llegar á dos pasos de Toussaint, se baja la cogulla.*)

EL FRAILE. ¡ Oh tú , de todo un pueblo venerado !
¿ reconoces á aquel que conociste
cuando pobre vivias é ignorado ,
y eras de condicion humilde y triste ?
¿ Al hombre que del lodo te ha sacado ,
do cual insecto vil te rebulliste ?

TOUSSAINT (*mirándole con asombro.*)
Blanca su barba está , pero no hay duda...
¿ es él !... ¿ qué me querrá ?

EL FRAILE. Vengo en tu ayuda.
El padre Antonio soy.

TOUSSAINT. A vuestro aspecto
el respeto me turba , me intimido...
Vos hicisteis un hombre de un insecto ,
no sé si mi mision he comprendido.
Quizá al sacarme de mi estado abyecto ,
las órdenes de Dios habeis cumplido...
Sí , reconozco , padre , vuestro rostro ,
y á vuestros piés con humildad me postro.
(*Se arroja á sus piés.*)
¡ Padre ! Dios habla en vos...

EL FRAILE (*levantándole.*) Dios habla en cuanto ,
hijo mio , creó , débil ó fuerte.
Yo soy solo un mortal , no soy un santo ;
y en tu semblante adiviné tu suerte.
El profeta que Dios estima tanto

- eres tú; yo no hice mas que verte.
- TOUSSAINT.** Mas ver el porvenir, ó padre mio,
Dios lo concede al santo y no al impío.
¡Os vuelvo á ver! ¿algun suceso acaso?...
- EL FRAILE.** He visto oscurecerse tu destino,
y para que no des ningun mal paso,
iluminar deseo tu camino...
- TOUSSAINT.** ¡Oh! ¡gracias! Siento próximo un fracaso,
y necesito un resplandor divino.....
- EL FRAILE.** Ya lo sé.
- TOUSSAINT.** ¡Lo sabéis!
- EL FRAILE.** Mi pensamiento
en tu espíritu vive y tiene aliento.
Yo te he seguido sin perder la huella
hasta la cima de tu inmensa fama.
Rey de los negros, tu mision es bella,
yo te amo siempre, porque Dios te ama.
Dios mismo enciende tu brillante estrella;
su gracia en tí benéfico derrama,
porque la libertad, su mejor joya,
de tu empresa en el éxito se apoya.
- TOUSSAINT.** ¡Mas vos negro no sois!
- EL FRAILE.** El justiciero
Dios, de que soy el siervo mas rendido,
el poderoso Dios que yo venero
no pertenece á raza ni á partido.
Sin preferencia alguna á todos quiero;
soy siempre del color del perseguido,
y cuanto mas abyecta es una raza,
mi alma con mas fervor su causa abraza.
Yo dejé mi pais, siempre buscando,
entre los hijos de Israel que lloran,
los que están mas cadenas arrastrando,
los que mas hiel y lágrimas devoran,
los que, oprimidos por tirano bando,
mayor caudal de penas atesoran;
ví en vuestra suerte mi mision escrita,
y vuestra tribu visité proscrita.
Al ver vuestro sudor dado en herencia
á un opresor impío y sanguinario,
os inspiré resignacion, paciencia,
cual la tuvo el esclavo del calvario.
Entre los españoles mi creencia
oculté, cuando un bando temerario
quiso, á Dios mismo declarando guerra,
lanzar el Evangelio de la tierra.

Allí de tus virtudes y pericia
 la clara fama resonó en mi oído ;
 supe que proscribias la injusticia ;
 que tenias piedad para el vencido ;
 que no te estimulaba la codicia ;
 que no eras corruptor ni corrompido ,
 y que un padre en tí hallaban y un hermano
 los derrotados por tu misma mano ;
 que al correr de la guerra los azares ,
 tu razon consultabas, no tu saña ;
 que volvias el Cristo á sus altares ,
 dando gracias á Dios á cada hazaña ;
 cuando mil velas ví cubrir los mares
 desde la elevacion de una montaña ,
 y vine para darte algun consejo
 y confortar tu espíritu perplejo.

ESCENA V.

LOS MISMOS, UN MARINERO MULATO, PETION.

TOUSSAINT *(al marinero.)*

¿ Y bien, qué ?

PETION.

 Mi general,
 aquí está de vuelta el hombre
 que reconoció la escuadra.
 Bien ha cumplido las órdenes.

TOUSSAINT.

Corriente : en pocas palabras
 diga lo que mas importe.

(Al marinero.)

¡ Habla !

MARINERO.

 La mar era gruesa ,
 y fué refrescando el norte ;
 hicimos rumbo hácia el este...

TOUSSAINT.

¡ Omite esos pormenores !
 ¿ Cuántos buques hay ?

MARINERO.

 Sesenta.

TOUSSAINT.

¿ En qué aguas ?

MARINERO.

 Antes que asome
 el día, estarán aquí
 por poco que el viento sople.

TOUSSAINT.

¿ El almirante ?

MARINERO. Un navío
de tres puentes.

TOUSSAINT. ¿Tricolores
son las banderas?

MARINERO. Sí, todas.

TOUSSAINT. ¿Y mucha gente y cañones?

MARINERO. El agua á las arandelas
llega casi.

TOUSSAINT (*calculando.*) Pues entonces...
Pueden trasportar de Brest
sesenta buques mayores...
Sí... sí... la cuenta es exacta,
unos cuarenta mil hombres.
(*Al marinero.*)
Supongo que habrás oído
algun grito, algunas voces.

MARINERO. La Marsellesa poblaba
los aires.

TOUSSAINT. ¡Idos!
(*A solas.*)
Escoge,
Toussaint, no hay término medió.
(*Al fraile.*)
La guerra con sus horrores,
ó nuevamente tascar
el freno y los eslabones
de las impías cadenas
que la tiranía forje.
¡La guerra ó la servidumbre!...
Pues bien, que retumbe el bronce.
Cubriré de hierro y fuego
las llanuras y los montes.

ESCENA VI.

TOUSSAINT, EL PADRE ANTONIO, DESSALINES.

DESSALINES. Ahora mismo colarse
queria en el puerto un bote,
que llevaba estos papeles
y esta carta con el sobre
á vos.

TOUSSAINT. Venga, Dessalines.....
Salid, y hasta nueva orden.

ESCENA VII.

TOUSSAINT, EL PADRE ANTONIO.

TOUSSAINT (*deja los papeles encima de la mesa y lee desde luego el sobre de la carta; mira la firma, y esclama levantando la carta con orgullo.*)

¡Bonaparte!

EL FRAILE.

¡Qué mágia un nombre solo
ejerce en nuestro espíritu pequeño!

TOUSSAINT.

¡Bonaparte, el primero de los blancos,
á Toussaint, el primero de los negros!
¡Hasta ahora tu orgullo desmedido
descendido no habia á tal extremo!
Hoy ya me tratas como igual. Veamos
si digno es el lenguaje como espero.

(*Lee.*)

«General,»

(*Aparte.*)

¡General! ¡la vez primera
que caer deja el cónsul de sus dedos
este título en mí! ¡por fin mi orgullo
de su orgullo triunfó! Mayor me siento.

EL FRAILE. Tal vez desca seducirte. Lee.

TOUSSAINT (*leyendo.*)

«General, revestido por el pueblo,
«por el voto común de los franceses,
«de la autoridad pública que ejerzo;
«después de haber vencido y humillado
«á cuantos me salieron al encuentro;
«sin rival, sin contrarios en Europa,
«hácia otras zonas mis miradas tiendo,
«pues mi gloria, de Europa rebosando,
«tiene necesidad de otro hemisferio.
«Para la libertad conquistar ansio
«esa raza ignorante de mis hechos,
«que tiene en vos un ídolo, y es digna
«de los derechos que alcanzó el desnudo.
«Pero sabed que es mi sancion precisa
«para sagrados ser y valederos.»
¡Insolente! es un Dios que echa su fallo.

EL FRAILE (*con sarcasmo.*)

¡Este lenguaje es de un igual ó un dueño?
Prosigue.

TOUSSAINT (*continuando.*)

«La República os envía,
«para representarla en ese suelo,
«un ejército fuerte y numeroso
«que pudiera servir de refuerzo.
«Mi cuñado es el jefe que lo manda;
«profesaos los dos mutuo respeto.
«¡Dónde reina la patria, no hay segundo!»
Esta frase, en verdad, no la comprendo.
¿Qué significa?

EL FRAILE (*irónicamente.*)

Claro está... ¡Que un jefe
por segundo os envía!

TOUSSAINT (*con cólera.*)

¡Un jefe!

EL FRAILE.

Cierto.

¿Y por qué te sorprende?... Eso no dice...
mas se deja entender. Sigue leyendo.

TOUSSAINT (*continuando.*)

«Tiene la Francia de gigante brazos
«con que puede ceñir el universo;
«son ante su poder sus enemigos
«viles aristas que se lleva el viento.
«Vos la amáis; vuestros hijos se confían
«á sus brazos cargados de trofeos;
«en ella tienen una amante madre;
«sirviendo á ella, les servís á ellos.
«Ella ve en vuestros hijos tan queridos
«de vuestra heroica lealtad el sello,
«y el recíproco nudo indisoluble
«de los mas depurados sentimientos.
«En vuestras manos teneis vos su suerte;
«os contempla la Francia, yo os contemplo.
«¡Sois padre!... La República francesa
«os guarda vuestros hijos para premio.
«Obrad como prudente. — Bonaparte.»

EL FRAILE. ¿No mas?

TOUSSAINT (*abatido.*) No mas.

EL FRAILE.

¿Qué te parece?

TOUSSAINT.

¡Tiemblo!

La vista halaga y atraviesa el alma.

EL FRAILE.

¡Contraste de favor y odio perverso!
¡Cómo en la oscuridad de sus ambages
centellean relámpagos siniestros!
¡Bien en todo su estilo ver se deja
la mano que acaricia y mata á un tiempo!

TOUSSAINT.

¿Que acaricia? ¡oh mis hijos! Es la lengua

- del leon que hace una úlcera lamiendo.
EL FRAILE. ¡ Con qué artificio entrelazar consigue besos y golpes, esperanza y miedo !
TOUSSAINT. ¡ Abrazando á los hijos, estrangula al padre con el lazo en que está preso !
 ¡ Maldito el día en que confié mi sangre á la raza implacable que detesto !
EL FRAILE. ¿ Serias tú quien eres de otro modo ?
TOUSSAINT. Solo un deber tendria, y hoy dos tengo.
EL FRAILE. Seguirás el mas santo.
TOUSSAINT. ¡ Padre mio !
 ¿Cuál es ? ¿ cuál es ? Vos mismo resolvedlo.
EL FRAILE. Vacilar es blasfemia, desgraciado.
 ¡ Entre tí vacilar y todo un pueblo !
TOUSSAINT. Sí, pero en la actitud que mi destino me ha forzado á tomar, estoy perplejo.
 Mejor al pueblo serviria acaso sumiso que rebelde. Yo tal creo.
 ¿ No vale mas que mi poder cobije bajo el mismo pendon del extranjero, que declarar la guerra abiertamente ?
 Contra el influjo mágico que ejerzo, ¿ qué ha de poder la autoridad estéril de los franceses ? Su color un sello de impopularidad lleva consigo ; los blancos blancos son para los negros. Su procónsul, sin fuerza y adornado solamente de un título halagüeño, la iniciativa no osará arraucarme. Afrentas mil devoraré en silencio, besaré manos que morder quisiera, hasta que llegue la ocasion que espero. Por esas apariencias engañada, sin concebir ni sombra de recelo, consentirá la Francia que mis hijos vuelvan ilesos de su patria al seno, y entónces, no bien lleguen á la orilla, antes de recibir mi primer beso, sabrá quién es Toussaint... ¡ Seré ya libre !
EL FRAILE. ¡ Sí, sí, libre serás ! ¡ libre en los hierros que tu propia demencia habrá forjado !
 El destino, Toussaint, es un gran juego, do solo en un albur todo se pierde.
 Cuando es la apuesta que se arriesga un pueblo, si se pierde una vez, ya no hay desquite.
TOUSSAINT. Antes que uncido al yugo esté de nnevo

- habré luchado como lucha el bravo.
- EL FRAILE:** ¿Y para qué luchar? ¿No hay ya regueros de sangre derramada? ¿no se ostentan ya manchados con ella tus trofeos? ¿No es acaso la sangre que ahorraste á los ojos de Dios tu primer mérito? ¿Quieres ser responsable de la mucha que se puede aun verter? ; ay! Si indiscreto mezclarse dejas otra vez las razas, se verterá á torrentes, y hará peso sobre tu corazon... ¿No lo comprendes? ¿Dios la sangre te da de todo un pueblo para regar estériles arenas, para explotarla solo en tu provecho, el rescate pagando de tus hijos? Olvida su destierro y cautiverio. Puedes triunfar sin un desastre; tienes en tus manos las llaves de los puertos; arrójalas al mar. Las tempestades serán mejor defensa que el acero. Los enemigos salvarán sus vidas, abandonando inútiles proyectos, y saludando desde el alto tope de sus navíos los erguidos cerros de la ya libre Haití, la férrea proa dirigirán á Francia desde luego. Sin que estremezca el aire un cañonazo, Haití puede triunfar; basta quererlo.
- TOUSSAINT:** ¡Los puertos rehusar á los franceses la guerra es declararles! No me atrevo. Ya veis mi posicion; yo con el jefe de acuerdo al padre poner ántes debo. A mañana aguardemos.
- EL FRAILE:** ¡Hoy, ó nunca!
Escúchame, Toussaint. Hay ciertos puestos ¿lo entiendes? de que nunca se descende. Este puesto en que estás es uno de ellos. O subir ó caer, la ley es esta propia del hombre grande, del gran genio. Si de la cima en que te encuentras caes, arrastras al abismo un pueblo entero; la libertad sucumbe con tu raza.
- TOUSSAINT:** ¿Qué mi raza me importa ; oh Dios! si pierdo mis hijos?
- EL FRAILE:** Todo Haití les reemplaza.
A la nacion abre los brazos, ciego.

TOUSSAINT. Antes que todo, padre soy.

EL FRAILE (*sacando el crucifijo de su pecho y mostrándolo á Toussaint.*)

¡Sí, padre!

¿No lo era Dios también? Ve al Hijo muerto.

(*El fraile sale lentamente por la puerta secreta. Toussaint queda anonadado. Los negros entran en tropel por la otra puerta.*)

ESCENA VIII.

TOUSSAINT, DESSALINES, PETION, GENERALES, OFICIALES, SOLDADOS
Y MARINEROS DEL EJÉRCITO DE TOUSSAINT, PUEBLO.

(*El pueblo llega atropelladamente.*)

DESSALINES. ¡Traicion!

EL PUEBLO. ¡Traicion!

DESSALINES. ¡ Los franceses
por fin han desembarcado!.

PUEBLO. ¡ Los franceses! ¡ los franceses!

TOUSSAINT. ¿Cómo?... ¿si estaré soñando?

PETION. En Puerto Príncipe están;
un general, un villano,
nos ha vendido.

TOUSSAINT (*con una calma afectada.*)
¿Y los fuertes?

PETION. Están también entregados.

TOUSSAINT (*con ademan de misterio y de presciencia.*)
Bien me ha salido la treta.
Han caído ya en el lazo
que les tendí.

DESSALINES (*con indignacion.*)
¿Para qué?

TOUSSAINT. ¿para que ajen nuestros lauros?
Para que dejen sus huesos
sembrados en nuestros llanos.

(*Aparte.*)

¡Toussaint! ¡ los vientos, la noche
por ti han resuelto!

(*Alto.*)

¡Soldados!

por mis órdenes se cumple
eso que os sorprende tanto.

Para que dejen los dientes
 en la presa es necesario
 que muerdan. Hoy los franceses,
 de las costas rechazados,
 mas fuertes, mas numerosos,
 vuelto hubieran á atacarnos.
 Su escuadra, que está compuesta
 de tantos miles de barcos,
 en las opuestas orillas
 refuerzos hubiera hallado.
 Temiendo ver la bandera
 tricolor en el espacio,
 en ansiedad permanente
 desde el alba hasta el ocaso,
 Haití hubiera con los ojos
 medido los mares anchos.
 Emancipados de nombre,
 pero en realidad esclavos,
 si éramos libres ó no
 hubiéramos ignorado.
 Y nuestras pobres mujeres
 no hubieran temido en vano
 á desventurados siervos
 dar la vida en su regazo.
 Muy mal se goza de un bien
 mal cimentado y precario,
 y ver sin cesar el yugo
 casi equivale á llevarlo.
 Seguid mis inspiraciones;
 sois no mas que un vil rebaño,
 seréis nacion.

(Vivas del pueblo.)

Pasareis
 de siervos á ciudadanos.

(Aplausos del pueblo.)

¡No volverá á ver su patria
 un solo espedicionario!
 ¡no regresará á sus costas
 ni una sola de sus naos!

(Con exaltacion.)

¡El incendio y los escollos
 son los puertos que les guardo!
 Será quemada su escuadra;
 no quedará ni un soldado,
 ni siquiera un marinero
 dejaré para contarlo.

Y esa Francia, tan soberbia,
de esos millares de bravos
verá volver solo el humo,
si el viento quiere llevarlo.

(Aplausos frenéticos.)

Mas, sin preguntar por qué,
es necesario dejaros
conducir cual por un hilo.
Todo pensamiento vasto
es solamente una trama,
cuyos hilos, siendo tantos,
como uno solo contestan
del tejedor á las manos.
Mas si cada cual resiste,
ó bien tira por su lado,
se echa á perder el diseño,
la tela se hace pedazos.
¡Hijos, lo mismo es un pueblo!...
No queráis saber lo que hago.
Un pensamiento es bastante
para millares de brazos.

UN HOMBRE DEL PUEBLO.

¡Todos, todos dejaremos
de tí sumisos llevarnos!

UN MARINERO.

¡Como del viento las olas!

PETION.

¡Viva Toussaint!

TODOS.

¡Viva!

TOUSSAINT.

¡Bravos

generales, inspectores,
todos los que teneis mando,
id á ocupar vuestros puestos!
La ocasion irá dictando
vuestra conducta y la mia;
no tengo órdenes que daros.
Pero si alguno os pregunta
si me habeis visto, un no claro
vuestra contestacion sea,
sin añadir un vocablo.
Finjid ignorar del todo
mis designios y conatos;
mostrad afable el semblante
á los franceses, é incautos
les volvereis de este modo.
Que vayan dias pasando,
como una auxiliar del cielo
vendrá la fiebre entretanto,

que abrirá para sus huesos
 este suelo hospitalario,
 y los rigores del clima,
 siempre sus filas diezmando,
 convertirán su conquista
 en hospital, en osario.

(Vivas.)

Yo en tanto impalpable, oculto,
 desconocido, ignorado,
 en todas partes presente
 y en ninguna parte hallado,
 cual el ojo del Señor
 sobre la maldad pesando,
 seré el ojo de los negros
 por el rencor inflamado.

Y cuando el grito del cielo
 suene en mi espíritu, cuando
 vibre, retumbe en mi frente,

(Indicando su frente.)

de esta frente saldrá el rayo.
 De los cerros de la isla
 partirán tres cañonazos;
 no bien les oigais, salid
 desde la ciudad al campo.
 Replegad todos los negros,
 como último adios dejando
 el incendio en las cabañas
 y el incendio en los palacios.
 Como una escoba de llama
 barred la tierra de paso;
 no respeteis ni mi techo,
 ni los montes, ni los llanos.
 Piedras y huesos tan solo
 queden en el suelo patrio.
 Dirigíos á las sierras
 y cordilleras del Cáos;
 yo estaré allí, do hallareis
 los víveres necesarios.
 Nada temais, id, mi sombra
 acompaña vuestros pasos.

(Dessalines y Petion se adelantan para hablar; Toussaint les detiene con su ademán.)

Sé lo que quereis decirme;
 vuestro pensamiento alcanzo.

Teneis miedo á los franceses,
 á ese arte sanguinario
 en que ellos fundan su orgullo.
 Contra todo un pueblo es vano.
 Vais ahora mismo á verlo.

(Hace una señal.)

Ea, traedme esos granos
 de maiz blancos y negros.

(Le traen una cesta; toma un puñado de granos de maiz negro, lo echa en una copa de cristal, y pone en la superficie una capa de maiz blanco; presenta en seguida la copa á las miradas del pueblo.)

No se ven mas que los blancos.

(Vacilacion de los negros.)

¿Sabes por qué, pobre pueblo?
 ¡Los negros están debajo!
 Pero aguardad un momento.

(Vacía la copa en una taza, y los granos blancos desaparecen completamente entre la inmensa cantidad de granos negros.)

¿Lo veis? la copa agitando;
 queda diferente todo;
 ved al negro sobre el blanco.
 Todo el número lo cubre...
 ¿Qué puede el ingenio humano
 contra el número? Vosotros
 sois diez por cada contrario.
 Creedme, Haití será negro;
 yo lo digo, y no me engaño.

(El pueblo rie y aplaude estrepitosamente.)

Basta, dejadme que solo
 piense en la patria. ¡Marchaos!

(Todos se van.)

ESCENA IX.

TOUSSAINT, ADRIANA.

ADRIANA.
 TOUSSAINT.

¿Y yo me puedo quedar?
 ¡Escucha, Adriana querida!
 Responde sin vacilar.

¿Sabes á la patria amar?
 ¿Yo?
 ¿Pero mas que la vida?
 Mi tio y mi patria, dí,
 ¿no son una misma cosa?
 ¿Qué seria para mí
 el mundo entero sin tí?
 ¿Y sin tí, niña amorosa?
 Mas si te osara decir:
 Vete sola, que te envío
 por los negros á morir?
 Muy alegre iria, tio,
 que eso seria sufrir
 tambien la muerte por vos.
 ¿Pero si yo te dijera:
 No podemos ir los dos
 donde el peligro me espera?
 ¿Oh! no, no os obedeciera...
 aunque lo mandara Dios.
 ¿Jamás! de vos me asiria
 cual bejuco que se enreda
 á nuestros piés á porfia,
 y arrastrando os seguiria
 siempre, por cualquier vereda.
 ¿Lo harias?
 Como lo digo...
 ¿Pero tan horrible chanza
 por qué la gastais conmigo,
 que no tengo mas abrigo
 que vos, ni mas esperanza?
 TOUSSAINT (*muy conmovido.*)
 ¿De los negros ángel puro
 mi labio no te habla en vano
 ¿Seria asilo seguro
 tu pecho para un arcano?
 Para cualquiera, os lo juro.
 ¿Podrias andar, andar,
 y sufrir dias enteros
 de hambre sin murmurar,
 y por ásperos senderos
 tus rodillas destrozar?
 ¿Sufrir del sol encendido
 la llama nunca agotada?
 ¿comer el fruto caido?
 ¿beber el agua estancada?
 ¿pobre tórtola sin nido!

¿Siempre á los blancos seguir,
sin dejarte descubrir?
¿meterse en las ciudadelas,
y el fuego mortal sufrir
de dispiertas centinelas?
¿Podrás tanto, ángel divino?
Cuando tú quieras podré.
¿Y si un día en el camino
caes rendida?

ADRIANA.
TOUSSAINT.

ADRIANA.

TOUSSAINT.

ADRIANA.
TOUSSAINT.

Te diré:
pasa, y sigue tu destino.
¡Pues bien! tú me seguirás,
magnánima como bella,
¡y mi báculo serás,
y mi lámpara y mi estrella!
¡Seré tu hija, y no mas!
Escucha mi plan. Tú sabes
cuántos guerreros las naves
de la Francia han vomitado.
La cobardía las llaves
del puerto les ha entregado.
No te asustes, hija, no;
recobra toda tu calma;
el cuerpo el frances cogió,
y este es nada sin el alma,
¡y el alma, Adriana, soy yo!
La trama está bien hilada;
verá la escuadra francesa
lo que es mi raza ultrajada;
como la boa ahogada
será por su propia presa.
Del frances quiero saber
por mí mismo los proyectos,
y encontrar y sorprender
á los traidores abyectos
que nos pudieran vender.
Otro traje y condición
he de tomar desde luego,
y escitar la compasion
con esta transformacion;
he de convertirme en ciego.
El Belisario seré
de los negros; ciego y pobre
la piedad escitaré,
y una moneda de cobre
á los blancos pediré.

Necesito para el caso
un lazarillo que el paso
guie del pobre mendigo,
que vaya siempre conmigo
desde la aurora al ocaso.
A pesar de tu bondad,
el hacer tan vil papel
te repugna ¿no es verdad?
¡No hay papel vil si con él
se sirve á la libertad!

(Da á Adriana un beso en la frente, y salen los dos.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

PERSONAS DEL ACTO TERCERO.

TOUSSAINT-LOUVERTURE.
SALVADOR.
ALBERTO.
ISAAC.
LECLERC.
MOISES.
ROCHAMBEAU.
FRESSINET.

FERRAND.
BOUDET.
SEÑORA DE LECLERC.
ADRIANA.
Generales, oficiales, ayu-
dantes de campo, ingenie-
ros, gastadores, soldados
del ejército frances.

ACTO TERCERO.

Un cerro que domina Puerto Príncipe y el mar comprendido en el recinto de las fortificaciones. Se trabaja en levantar un fuerte. A la izquierda, algunos soldados construyen una tienda para el cuartel general. A la derecha, una miserable choza de tablas y esteras viejas, apoyada en un paño de muralla arruinada; cuelgan de la cabaña algunas calabazas. En el fondo, á la izquierda, un promontorio sobre el mar dominando un vasto horizonte.

ESCENA PRIMERA.

BOUDET, OFICIALES, INGENIEROS, ARTILLEROS, GASTADORES,
SOLDADOS.

BOUDET.

Que el cabo de gastadores
no se mueva de su puesto.
¡Corriente! Trazad aquí
la línea de los cimientos.
¡Artilleros! colocad
un cañon en aquel cerro,
que la poblacion y el campo
pueda dominar á un tiempo.

(A un oficial.)

Desmochad aquella cresta
del monte.

(A otro oficial.)

Sea mas recto
el ángulo de la escarpa.

(A otro oficial.)

Que no se suelte un momento
el azadon ; vigilancia !

(A los soldados y á los gastadores , mostrándoles azadones y picos.)

¡ Muchachos ! eso va bueno.

La bayoneta dejad ;

tomad otros instrumentos ;

la pala , el legon , el pico

pide esta tierra de infierno.

El azadon ó el fusil ,

¿ qué mas dá ? ¿ no es todo hierro ?

(Los soldados y gastadores contestan con una aclamacion y empiezan á trabajar con afan.)

ESCENA II.

Los mismos , ROCHAMBEAU.

ROCHAMBEAU.

Y bien , ¿ qué tal va ?

BOUDET.

Va todo

á medida del deseo.

Ya está trazado el recinto ;

apoyado en esos cerros

el campo , fortificado

con fosos y parapetos ,

desde esta noche un asilo

ofrecerá á nuestro ejército ,

preferible á la ciudad ,

donde se oculta en silencio

la sedicion. Por lo mismo

que no la veo la temo.

No han nacido los franceses

para guerras de este género ,

en que en los ojos humildes

y en discursos halagüeños

han de temer que se esconda

algun designio perverso.

Su valor, siempre conñado,
 desprecia todos los riesgos,
 en tanto que verlos puede:
 pues bien, de aquí podrá verlos.
 Esta soberbia meseta,
 do aun se encuentran los cimientos
 de la ciudadela antigua,
 ofrece un centro de hierro
 á nuestras operaciones.
 ¿Lo veis? á los piés tenemos
 la poblacion palpitante,
 cuyo menor movimiento
 las centinelas espian.
 Fondeados en el puerto,
 sesenta buques vigilan
 todo el mar, y sin recelo
 pueden dormir custodiados
 por cañones y morteros.
 Y allí, donde el rio pasa
 la playa del mar lamiendo,
 forma una pendiente suave
 naturalmente el terreno,
 como para convidar
 al que quiera acometernos
 á intentarlo por el punto
 donde su estrago es mas cierto.

ROCHAMBEAU (*examinando con la vista el sitio.*)

En realidad este campo
 absorve el cuidado entero
 del gobernador, que está
 hoy impaciente en extremo.

BOUDET.

Ya su tienda está corriente;
 en tanto que no podemos
 darle un palacio de piedra,
 le damos este de lienzo.

Aquí el cuartel general
 quiere fijar hoy. Dispuesto
 el local está ya casi
 do quiere el primer consejo
 celebrar. Fuerza seria
 para llenar su desco
 detener del sol el curso...
 Pero no perdamos tiempo;
 venid y vereis los fosos,
 reductos y parapetos.

(*Se van.*)

ESCENA III.

TOUSSAINT, ADRIANA.

TOUSSAINT (*saliendo como á tientas de su choza, sostenido por Adriana, da algunos pasos hácia la escena y dice á media voz:*)

¿Qué están haciendo?

ADRIANA.

Se van.

TOUSSAINT.

¿Hácia dónde?

ADRIANA.

Por el lado

donde les visteis...

TOUSSAINT (*sacudiendo su brazo bruscamente.*)

¡Silencio!

soy ciego... ¿lo has olvidado?

ADRIANA (*aparte.*)

¡Oh! ¡perdonadme, Dios mio!

¡he tenido de mi labio

su vida pendiente!

TOUSSAINT.

Piensa

que un solo gesto, un vocablo
pierde tu país.

ADRIANA.

¡Y á vos!

TOUSSAINT.

¿Has conseguido oír algo?

ADRIANA.

Que fijará en este fuerte
el caudillo de los blancos
hoy su cuartel general,
y que á falta de palacio
residirá en esa tienda.

TOUSSAINT.

El lugar he adivinado.

La Providencia protege
por ahora mis conatos.

Yo desde aquí sus proyectos
sabré antes de ejecutarlos.

Cuando acorralarme piensan,
yo les tengo acorralados.

El águila poco á poco
caer se deja en el lazo,
y el ciego lee en el fondo
del alma del que ve claro.

ADRIANA.

¿Pensáis que en estos lugares
respetarán los contrarios
la miserable cabaña
de un negro ciego y anciano?
Contrastando con su tienda
esa estera hecha pedazos,

dirán que afea el recinto,
y entónces...

TOUSSAINT.

No, no hay cuidado;
son siempre muy compasivos
los corazones muy bravos.
De la obstinacion la fuerza
vas á ver dentro de un rato.
Como perro sin asilo,
que de gritos no hace caso,
defenderé mi bohío,
y me dejarán al cabo.
A mas de que por política
hoy les toca ser humanos;
una chispa inflamar puede
el odio reconcentrado.
Cuando yace un pueblo entero
bajo los piés de un tirano,
una sola voz le mueve,
si no está muy degradado.
Pero vámonos, que veo
venir un grupo. La mano
dame y condúceme y mide
tú por los míos tus pasos,
y procura que me vean
entrar. Tú quédate al lado,
junto á la puerta, y escucha.
Vienen dos negros y un blanco.

ADRIANA.

(Toussaint se mete en la cabaña. Adriana se sienta junto á la puerta y enciende fuego sobre tres piedras para cocer batatas en un puchero de barro.)

ESCENA IV.

SALVADOR, ISAAC, ALBERTO, ADRIANA.

(Isaac es el primero que llega; gana corriendo el promontorio, y muestra con su ademán á su hermano las montañas lejanas.)

ISAAC. ¿No ves, Alberto, aquella azul montaña,
y el valle que parece que se aleja,
y el río que le mima y que le baña?
llega á mí su rumor como una queja.

ALBERTO *(con muestras de impaciencia.)*
Es el rumor del viento que remueve
ese acopio de lanzas y armaduras.

ISAAC. No, que este ruido delicado y leve
 consigo trae emanaciones puras.
 El olor de los bosques con él sube.
 ¿Tampoco vez aquel erguido monte,
 y los pinos que, á modo de una nube,
 parecen descender del horizonte?
 ¡ Oh! ; quién pudiera estar bajo su sombra,
 y escuchar del arroyo los murmullos,
 cuando lame al pasar la verde alfombra,
 que parece gozarse en sus arrullos!
 Pero nosotros somos colibríes
 como los que cogias con mi hermana.....
 ¿ Te acuerdas de sus plumas de rubíes?
 ¿ de su jaula colgada en la ventana?
 De allí el bejuco por su mal veían,
 de do pendió su cuna entre el ramaje,
 y si á él acercarse pretendían,
 destrozaba la jaula su plumaje.

ALBERTO (*con cólera.*)

¡ Siempre alusiones, Isaac ingrato!
 Al blanco, de los blancos mas temido,
 ambos debemos cariñoso trato;
 á su lado los dos hemos crecido.
 Nos recibió en sus brazos generosos;
 en sus mismos palacios nos dió estancia;
 tuvimos los maestros mas famosos,
 que son gloria y orgullo de la Francia,
 y él, que desea hacer feliz al mundo,
 donde no hay alma que á su voz no vibre,
 el gérmen en nosotros ve fecundo
 de una raza que empieza ya á ser libre.
 Para sacar del tenebroso abismo
 de la ignorancia á nuestra patria amada,
 y de ella desterrar el fanatismo,
 nos dió la educacion mas esmerada.
 Entre nuestros hermanos de este modo
 la luz propagaremos de la ciencia,
 y así saldrán de su afrentoso lodo,
 y en todo el mundo ejercerán influencia.
 ¿ Y esto es poco, Isaac? ¿ ser elegidos
 por el gran genio, que do quier abraza
 la causa de los pueblos oprimidos,
 para sacar del cieno á nuestra raza?
 ¿ De su hermana obtener la preferencia,
 de su hermana, de un rostro tan perfeto,
 que me consumiría su presencia

al abrigo no estando del respeto?
 ¿Y á eso, hermano, servidumbre llamas?
 ¿es eso lo que miras con desprecio,
 y atribuyes tal vez á inicuas tramas?
 ¿Eres un niño al fin! ¿eres un necio!
 ¡Siempre reconviniéndome, ó hermano!

ISAAC. A pesar de ese tono tan severo,
 del mismo padre no naciste en vano;
 aunque hables como un blanco, yo te quiero.

ALBERTO. Yo te quiero tambien, te quiero mucho...
 Mas ¿por qué la amistad me echas en cara
 que la Francia... ¿Me escuchas?

ISAAC. Sí, te escucho;
 pero mi alma está allí... Mira, repara...
(Mostrándole el horizonte.)

ALBERTO. ¿Oh! ¿siempre con los negros!

ISAAC. ¡Siempre el techo
 de tosco guano que nacer me viera
 obtendrá mis recuerdos, á despecho
(Indicando el corazon.)
 del que borrar de aquí su imágen quiera.
 ¡Padre! ¡madre! ¡Adriana! ¡oh dulce hermana!

(Adriana, al oír su nombre, deja caer la cesta y las batatas; se levanta sobresaltada, y se acerca y escucha de mas cerca con todas las señales del mas vivo interes, medio escondida por el lienzo de la tienda.)

no os berrarán de la memoria mia
 los palacios del blanco... ¡nunca!
(Se va saltando)

ADRIANA *(en voz baja y convulsivamente. Corre hácia la choza.)*
 ¡Adriana!
 ¿mi nombre?... ¡son dos negros!... ¡qué alegría!...
 ¡Mirad!... ¡tio!... ¡mirad!

TOUSSAINT. ¿Que está pasando?...

ADRIANA. ¡Son dos negros!... ¡acaso vuestros hijos!

(Toussaint levanta con una mano el pedazo de estera de la cabaña; tiende maquinalmente sus brazos hácia sus hijos, y escucha en la actitud de un espía.)

ALBERTO. Isaac, vuelve en tí. Pareces loco.

ISAAC *(corriendo hácia el otro lado de la escena y mirando otro punto de la campiña.)*
 ¡El corazon me salta, hermano mio!...

¡ Nuestra casa ! ¿ la ves ?... ; mírala , hermano !
 ¿ dirás también ahora que deliro ?

(Indicándole con el dedo un punto distante.)

Allá... léjos... muy léjos, do se eleva
 la niebla... ¿ no la ves ? ¿ no ves el brillo
 y el reflejo del sol en las paredes ?
 ¿ ves el techo de guano ennegrecido ?

ALBERTO (conmovido y mirando también.)

¿ Cuán penetrantes , cielos , son los ojos
 de la memoria !... ; Reconozco el río !
 ; reconozco el Limbé !

ISAAC (con transporte.)

¿ Y el verde prado
 de los Limones con el seto vivo ,
 que le ciñe cual faja de esmeraldas !...
 ; y el amarillo y tosco cobertizo !...
 ; y la iglesia pardusca con su torre !...

(Bate las manos.)

¿ Alegrémonos !... ; oh !... ; todo lo mismo !
 (Los dos hermanos se abrazan llorando.)

ALBERTO. ; Oh padre !

ISAAC (gritando con toda su fuerza , como para llevar su voz tan
 léjos como su mirada.)

¿ Oh madre mia ! ¿ ois mi acento ?
 ; soy Isaac ! ; soy yo que os llamo !

TOUSSAINT (adelantándose involuntariamente con los brazos tendidos
 hácia sus hijos.)

¿ Oh hijos !

¿ aquí estoy !...

ADRIANA (deteniéndole y tapándole la boca con la mano.)

¿ Deteneos !

TOUSSAINT (volviendo en sí)

¿ Tiemblo ! ; tiemblo !

¿ no poder responder á tales gritos !...

¿ Oh ! ; cuánto sufro ! ; cuánto !

ADRIANA (mostrándole á Salvador que se acerca á la escena.)

¿ Retiraos !

y reprimid , señor , vuestros instintos.

(Toussaint vuelve á entrar en la cabaña empujado por Adriana.)

SALVADOR (á los niños.)

Muchachos , ¿ qué mirais con ansia tanta ?
 Con los ojos os hallo humedecidos.
 ; Responded !

ISAAC.

¿ Oh ! señor ; ¿ no veis la torre ,
 el verde valle , el plateado río ?

SALVADOR (imitando irónicamente la voz de un niño.)

Rios, valles y torres ¡qué misterio!

ISAAC (*indignado.*)

¡Oh! ¿vos no habreis jamas reconocido
vuestra casa, señor?

SALVADOR (*con altanería.*)

Yo no conozco
ni familia, ni hogar. Do su dominio
la Francia estiende tengo yo mi casa...
¿Mas vuestra reflexion de qué provino?

ALBERTO.

Creemos estar viendo nuestra casa,
el Limbé...

ISAAC (*con amargura á su hermano.*)

¡Lo creemos!... ¡pues yo digo
que mirándola estoy!

ALBERTO (*á Salvador, en tono de escusa.*)

La casa misma
de mi padre, el lugar do hemos nacido.

SALVADOR (*burlándose.*)

Sí, la tierra querida, la morada
en cuyo soportal un blanco impío
amarraba á los negros; una tierra
en que el muy dulce aprendizaje hicimos
de una cobarde esclavitud, teniendo
de la cuerda y el látigo el cariño.

ISAAC (*con energía.*)

¡Y de donde mi padre á los tiranos
aventó como moscas.

SALVADOR (*con un tono insultante.*)

Es preciso
que no tanto os glorieis de vuestro padre,
antes que conozcamos sus designios.
Aun no sabemos si será de Francia
el rival ó el apoyo.

ALBERTO.

¿Qué habeis dicho?
¿mi padre con la Francia simpatiza?
Me lo decia el alma. Así me esplico
como la quiero yo; mi heróico padre
me transmitió su puro patriotismo.
Nuestro partido será siempre el suyo.

ISAAC (*á media voz.*)

No, su partido será siempre el mio.

SALVADOR.

¿Qué aguarda pues? ¿por qué retarda tanto
la conferencia á que el frances amigo
invitándole está? ¿por qué se oculta
en un inestricable laberinto?

ISAAC (*con una naturalidad amenazadora.*)

Él aparecerá cuando convenga.

TOUSSAINT (*conmovido y con voz sorda desde el fondo de la bañá.*)

¡Bien, mi sangre! ¡Mas pronto me habrán visto de lo que ellos quisieran!

ISAAC (*á su hermano.*) ¡Si él supiese que aquí estamos!...

ALBERTO. Hubiera ya venido.
(A Salvador.)

Vuestros enviados que le están buscando no han conseguido descubrir su asilo. Así al menos se dice. Siempre llegan un instante despues que él ha salido.

SALVADOR. Porque los mensajeros que tenemos son tambien de su raza y su partido. La perfidia en escusas siempre es fértil; los esclavos son falsos por instinto, y siempre la verdad está muy honda en el alma de un pueblo envilecido.

(Se aleja con desden hácia el fondo del teatro.)

ISAAC (*á Alberto.*)
¿Puedes, Alberto, tolerar que un blanco, de torpe labio y corazon maligno, ultraje á nuestro padre en nuestra raza? ¡Por Dios que tu paciencia no concibo! ¡Siendo yo grande como tú y soldado, no hablaria ante mí como has oido!

ALBERTO. Es el preceptor tierno, aunque severo, que nos ha dado el cónsul, que es su amigo.

ISAAC. Un alcaide es mas bien del primer cónsul, un cerrojo en su mano duro y frio, que nos guarda tal vez para vendernos.
(Mas bajo y con tono de misterio.)
¡Alberto! tú no sabes el destino que reservado nos está. Te ciega tu pasion á los blancos... Hoy me han dicho...

ALBERTO (*con impaciencia.*)
¡Se dicen tantas y tan necias cosas!

ISAAC. Una negra me ha dicho con sigilo:
«¡Guardaos de él! Yo le conozco, es malo.
«Lleva un supuesto nombre y apellido;
«mas mudar otra cosa no le es dado;
«su corazon y rostro son los mismos.
«En su rencor los negros su retrato
«conservan; son sus actos tan inicuos,
«que á cualquiera se erizan los cabellos
«con oír solamente referirlos.

«Despreciaba la sangre ; profanaba
 «el amor con torpísimo apetito ,
 «y amante, seductor, luego verdugo ,
 «pasma la enormidad de sus delitos.
 «¡ Cuántas bellas esclavas , arrancadas
 «de sus míseras madres, han perdido
 «tras el honor la vida entre sus brazos !
 «Una de las esclavas, que el capricho
 «escogiera del pérfido, llevaba
 «la triste prenda de su amor consigo.
 «Hija y madre á la vez vendió el infame,
 «y el precio de dos almas muy tranquilo
 «el mónstruo se comió. La pobre madre
 «espiró de dolor, á su martirio
 «sobreviviendo la infelice hija ,
 «de que se apoderó un desconocido
 «que abandonada la encontró en el mundo ,
 «y hoy de su paradero no hay indicios!»

ALBERTO. ; Cuentos de viejas, Isaac, con que ellas
 miedo suelen meter á los chiquillos!
 ¿ Y no te da vergüenza el escucharlos?
 ¿ Y no te da vergüenza el repetirlos?
 ¿ Crees que el cónsul, cuya aguda vista
 del corazón penetra en los abismos,
 para reconducirnos á la patria
 de un miserable tal se habrá valido?
 ¡ Poco, si así le juzgas, le conoces!
 ISAAC. ¿ Quién su plan adivina y sus designios?
 su elevacion es su conciencia toda...
 ¿ Qué quieres? yo del cónsul desconfío.

ALBERTO (*con entusiasmo*)

Tu desconfianza es un ultraje, hermano.
 ; Bonaparte es mi Dios!

ISAAC. ; Pero no el mio!
 ; Bonaparte es un blanco!

(Se separan con muestras de impaciencia mutua. Toussaint, medido oculto en la estera de la tienda, contempla á sus hijos con una ternura feroz. De cuando en cuando con movimientos involuntarios y convulsivos agita la estera que le cubre. Adriana le mira ; se pone un dedo en la boca y le contiene.)

SALVADOR (*acercándose á Alberto en la parte anterior de la escena.*)

¿ A qué esas muestras

de cólera? Sepamos el motivo.

ALBERTO. Mi hermano os lo dirá.

- SALVADOR (*á Isaac.*) Yo he sido siempre
de pláticas secretas enemigo.
Ya lo sabeis.
- ISAAC. Hablabámos del cónsul.
- SALVADOR. ; Del hombre misterioso, indefinido!
O adorar ó callarse ante su nombre.
Si le tratabais bien, no era preciso
hablar bajo, Isaac. Casi estoy cierto
de que de un modo hablabas de él indigno.
De su poder te cubre con el manto,
y pagas con desdenes su cariño.
Malo es eso, Isaac; tu buen hermano
se porta de otro modo bien distinto.
- ISAAC. Porque Alberto es mayor; de su memoria
los recuerdos borráronse de niño.
Yo amo á mis padres.
- SALVADOR. Vale mas la gloria.
Toma ejemplo en tu hermano, que da abrigo
en su gran corazon á sentimientos
que borren sus instintos primitivos.
Eso requiere una grandeza de alma
que no te han dado; un corazon nutrido
con fuego, y no con leche de mujeres;
ojos fuertes, que miren de hito en hito,
como el águila el sol, los resplandores
que derrama en el mundo este gran siglo;
un pecho de hombre en fin; tú no le tienes.
Alberto sí: no quiere ser indigno
de este gran drama en que ha tomado parte,
y es el amor del cónsul su principio.
Cuando es un Dios el hombre que nos manda,
es nuestra gloria obedecer sumisos.
¿Alberto, no es verdad?
- ALBERTO. A esas palabras
mi corazon redobla sus latidos.
Si hombre soy, á mi padre se lo debo;
al cónsul debo mas, libre me hizo.
Él hizo penetrar en mis tinieblas
el resplandor de la verdad divino,
y en la dura, ominosa servidumbre,
de que mi sangre fué el emblema, dijo:
«Yo te saco del lodo para hacerte
«á los blancos igual y hasta á mi mismo.»
Sus sabios eminentes, respetando
toda la humanidad en mi individuo,
sus saludables máximas vertieron

en mi pobre cerebro entumecido.
 Gérmén futuro de una cosa grande
 que se planta y se riega con ahinco,
 el cónsul con su soplo me dió vida
 para una gran nación hacer de un niño.
 Nudo del nuevo pacto quiere hacernos
 que unirá el mundo nuevo al mundo antiguo.
 ¡Oh! ¡que su voluntad bendita sea!
 Es asociarse al genio sus designios
 inmensos comprender.

SALVADOR. ¡Bien has hablado!
(A Isaac.)

Eso tú no lo entiendes.

ISAAC. Es sabido
 que el talento no tengo de mi hermano.

SALVADOR. Se desarrollará, lo pronostico.

ISAAC. ¡Oh! mucho lo deseo si eso sirve
 para á mi padre hallar.

SALVADOR (*á solas.*) ¡Siempre lo mismo!
 ¡Raquítico muchacho, que no sabe
 la sangre depurar de que ha nacido!

(Alto.)

Sabed, señor, que el hombre á quien la vida
 se debe es menos digno de cariño
 que el que nos da una patria que nos falta,
 trazando á nuestra gloria su camino.
 El azar nos da un padre, no se escoge;
 pero el héroe se busca, y no es lo mismo.
 El niño, cuando llega ya á ser hombre,
 deja de ser hermano y de ser hijo.
 Como el cónsul luchase con mi padre,
 me arrancaría el alma con que vivo
 si incierta vacilase un solo instante
 entre el hombre carnal y el del destino.

ISAAC (*bajo, con tedio.*)

¡Ese monstruo da horror!

SALVADOR. ¡Tal es la gloria!

ALBERTO. Dejadme transigir con el instinto,
 y que en partes iguales distribuya
 entre el héroe y el padre mi cariño.
 Dejad que amemos á los dos en uno,
 y ser el lazo que les tenga unidos,
 pudiendo de este modo la ventura
 de dos razas labrar á un tiempo mismo.
 Pero su hermana con su escolta viene
 en un bridon mas blanco que el armiño...

¡ Oh ! ; cómo á cada paso dan un beso
 á su semblante encantador sus rizos !
 SALVADOR. El general Leclerc sigue sus pasos.
 ALBERTO. ; Hermosa está ! ; qué rostro tan divino !

ESCENA V.

*Los mismos , BOUDET , PAULINA , LECLERC , FRESSINET , ROCHAMBEAU ,
 FERRAND , GENERALES , OFICIALES , AYUDANTES DE CAMPO , SOLDADOS .*

(Los oficiales y los generales llegan sucesivamente á la escena. El general Leclerc, acompañado de sus ayudantes de campo, pasa al fondo del teatro, inspecciona con una mirada rápida su estado mayor y sale. Paulina, vestida de amazona, entra acompañada de dos damas de honor y seguida de dos negritos que sostienen la cola de su vestido. Los oficiales se retiran y siguen al general.)

PAULINA. ; Qué campo tan pintoresco !
 ; cuánto me place y alegra
 cabalgar á todas horas
 y vivir en una tienda !
 Mi vida tan agitada ,
 tan rara , tan novelesca ,
 causará en todo Paris
 la mas estraña sorpresa.
(A una de las damas que la acompañan.)
 No dudo que los teatros
 copiarán estas escenas ,
 y en mí reproducirán
 á la Venus Citerea ,
 que se mezcla á los guerreros
 y aligera las cadenas
 por mi poderoso hermano
 á toda una raza impuestas ,
 domando yo corazones ,
 mientras él doma la tierra.
 Y sacarán mi retrato ,
 y dirán : ; es ella ! ; es ella !
(A los negros.)
 A vosotros tanta gloria
 es menester que agradezca.
 Sí , por esos negros que odio ,
(Alberto hace un gesto de dolor.)

y que amo,

(Se acerca á Alberto, y le pone una mano en el brazo sonriéndose.)

esta frente tersa,
que está tal vez destinada
á brillar con la diadema,
con este simple aparato
se mezcla á la soldadesca,
y para colmo de horror
se pone en el sol morena.
Mucho os detesto... mas todo
lo perdono, si la tienda
es elegante; veamos.

(Paulina sale con su séquito; Alberto é Isaac la acompañan.)

ALBERTO. ¿Hay otra mujer tan buena?

ESCENA VI.

TOUSSAINT, ADRIANA, SOLDADOS, despues PAULINA.

(Algunos soldados, destacados de los trabajos del fuerte, se dirigen á la cabaña de Toussaint para demolerla. Adriana se arroja á sus piés. Toussaint tiende los brazos hácia ellos en ademán suplicante.)

UN SOLDADO. ¿Ah! ¿negro de los demonios!

OTRO SOLDADO. ¿Al infierno esas esteras!

ADRIANA *(juntando las manos.)*

¿Ah! señores ¿es un ciego!

¿dónde quereis que se meta?...

¿Oh! ¿dejadnos, por piedad!

UN SOLDADO. ¿No, nada, los negros fuera!

nada de basura dentro.

Las órdenes son severas.

(A uno de sus camaradas, tirando á Toussaint de sus harapos.)

¿Si se le habrá figurado
á esa lagartija fea
que se han hecho esas paredes
para hacer su nido en ellas?

TOUSSAINT. No, moriremos aquí.
 ADRIANA. ¡Piedad de nuestra miseria!
 ¡vuestras rodillas abrazo!

UN SOLDADO (*sacudiendo las esteras de la tienda de Toussaint y sonriéndose.*)

Contéstame, araña vieja,
 ¿es este tu rincón?

OTRO SOLDADO (*á Toussaint.*)

¿Con esas redes mugrientas
 esperabas cazar moscas?
 Anda donde no te vea.

OTRO SOLDADO. En menos de un santiamén
 todo el diablo se lo lleva.
 A puntapiés, zapadores,
 abajo esta casa se echa.

(*Los soldados se disponen á arrancar las estacas de la tienda.*)

TOUSSAINT (*abrazando las estacas para defenderlas.*)

¡No! ¡no! es el único asilo
 que en este mando me queda;
 sepultadme en sus escombros.

PAULINA (*retrocediendo, seguida del estado mayor del general, y reparando en Toussaint que disputa con los zapadores.*)

¿Quién grita? ¿qué voces esas?...
 ¿Qué de ese negro queréis?
 Cese, cese la contienda...
 Alberto, pon la concordia.

ADRIANA (*pasando entre los soldados, se detiene un instante al ver á Paulina; levanta las manos, corre á ella, parece luego que hace un esfuerzo sobre sí misma, y dice á solas:*)

¡Es ella, sí, de quien lleva
 Alberto con tanto orgullo,
 con tanto afán la cadena!
 ¡Mas que su beldad, el odio
 que la tengo me lo muestra!
 ¡Si escuchase al corazón!...
 Pero no, ahogar es fuerza,
 para salvar á Toussaint,
 el incendio que me quema!

(*Se echa á los piés de Paulina.*)

PAULINA.

¡Oh! ¡que es preciosa la niña!
 ¿Qué tienes? ¿de qué te quejas?

ADRIANA (*afectando sollozos.*)

Arrebatan á mi padre
 esta choza en que se alberga...

Ciego y mendigo, ¿do ahora
 el pobre sus pasos lleva?
 Vivíamos en el mundo
 en este palmo de tierra,
 do á nadie hacíamos sombra.
 Espigando en mies ajena
 el maiz, yo de mi padre
 sostenia la existencia,
 y así veía por él;
 mas si de aquí se nos echa,
 ¿contra la lluvia y el viento
 dónde hallaremos defensa?

PAULINA (*aparte.*)

En verdad que sus lamentos
 el corazón me atraviesan.

(*A Adriana.*)

¿Con qué no tiene tu padre
 mas que este asilo?

(*A su comitiva.*)

¿Qué perla
 en un muladar perdida!

ADRIANA (*á Toussaint, á quien hace acercar conduciéndole como un ciego.*)

¿Tanta bondad agradezcan,
 padre mio, nuestras almas!
 Dejad que os lleve en presencia
 de los blancos bienhechores...
 ¡oh! ¡si vos pudieseis verla!

PAULINA (*aparte.*)

¡Es hermosa, encantadora!

(*A Toussaint.*)

TOUSSAINT.

Sin duda el amor es ella
 de vuestra pobre familia.
 ¡Ay! ¡la santa Providencia
 no me ha dejado otro apoyo!
 Señora, siendo tan bella,
 bella también debe ser
 el alma que en vos se encierra.
 ¡Oh! ¡protegedme, señora!
 ¿Qué mal haceros pudiera
 un mendigo viejo y ciego?
 ¡El águila que se eleva
 al insecto miserable
 no aplasta bajo sus huellas!

PAULINA (*á su comitiva.*)

Esc anciano dice bien;

no quiero que se le ofenda.
Dejadle su pobre choza.
UN OFICIAL. Señora...
PAULINA. ; Basta de réplicas!

UN OFICIAL GENERAL.
No podemos complaceros ;
del gobernador severas
son las órdenes.

PAULINA. No importa.
Por terminantes que sean,
esta la ha de revocar.
(A un ayudante de campo.)
Id, suplicadle que venga.

(El ayudante de campo sale, y vuelve casi inmediatamente con el general Leclerc.)

ESCENA VII.

Los mismos, LECLERC, GENERALES, OFICIALES, SOLDADOS.

PAULINA. ; General, una palabra !
LECLERC. Mandad lo que se os ofrezca.
Vos no ordenais cosa alguna
á que yo niegue obediencia.
(Aparte á media voz.)

Hago siempre buenas obras,
sometiéndome á su idea.

PAULINA (sonriéndose.)
Mas sumision, y no tantos
cumplidos, que no aprovechan.
Protectora me declaro
de ese negro ; me interesa
su estado, y quiero por tanto
que, atendida su miseria,
se respete su yacija.
Bajo el techo en que se alberga
la golondrina un rey duerme.
Su nido dicha acarrea
á los dueños del palacio.
Dejad un palmo de tierra
al pobre ciego.

LECLERC. Corriente,
Paulina. ; Cómo pudiera
no acceder á vuestro ruego?
(A Toussaint y á Adriana.)

Agradeced la fineza
á la señora.

(A los oficiales de su comitiva.)

Que nadie
siquiera á tocar se atreva
los harapos de ese anciano.

(A Paulina.)

¡A Dios, Paulina!

PAULINA.

¡A Dios!

(Sale con su comitiva.)

LECLERC *(al estado mayor.)*

¡Ea!

¡el consejo! ¡trabajemos!
las circunstancias apremian.

ESCENA VIII.

Los mismos menos PAULINA.

(La tienda del estado mayor está abierta en la escena. Algunos soldados hacen con tambores una mesa, que la cubren con mantillas de caballos. Se colocan encima de la mesa papeles, mapas y plumas. El general Leclerc y cinco ó seis generales se sientan en tambores. Isaac y Alberto, detras de ellos, asisten al consejo. Los ayudantes de campo y los oficiales de ordenanza están en pié, formando un grupo detras de los generales. Las cortinas de la tienda están levantadas por el lado que mira á la cabaña de Toussaint. Este está sentado á la puerta de su choza, apoyado en el hombro de Adriana que finge estar cosiendo pedazos viejos de esteras rotas.)

LECLERC. Oigamos el informe.

SALVADOR *(leyendo.)*

«La zozobra

«sin cesar los espíritus domina.

«El soldado se muestra descontento,

«y siempre inquieto el oficial medita;

«el negro espera, y el mulato duda,

«y de opinion en opinion vacila.

«Ni la mas leve resistencia encuentran,

«recorriendo el pais, varias partidas;

«mas de Toussaint se ignora el paradero,

«y ningun fruto dan nuestras pesquisas.

«Se cree que en las breñas y gargantas,

«por bosques y por olas defendidas,

«do eleva el Cáos sus altivas crestas,

«la insurreccion sin respirar se abriga.»

LECLERC. Vuestro dictámen quiero oír , señores.
BOUDET. El mio en dos palabras se consigna :
Avanzar y luchar.

FRESSINET. ¿ Luchar ? ¿ acaso
sabemos contra quién ? Toda la isla
tenemos sometida ; está el apuro
en que nadie nos reta ni hostiliza.
¿ Y si acaso la paz sincera fuese ?
el volcan sosegado que dormita
con un grano de arena que se le eche
en irrupcion estalla repentina.
Sin quemar un cartucho , nos es dado
tomar las posiciones que dominan
el pais todo entero , acostumbrando
á este pueblo , que atónito nos mira ,
á ver que de legítimos señores
vamos tomando la actitud altiva.
No es mas que una costumbre la obediencia ;
¿ mandémos ! negro ó blanco el pueblo humilla
ante el que cree su señor la frente.

FERRAND. El consejo que dais bueno sería
en nuestra Europa corrompida y torpe
y á mil necesidades sometida.
Aquí no hay mas que un medio , un solo medio ;
talad los campos , no dejéis semilla ;
con nuestros numerosos batallones
formad un cerco , una muralla viva ,
y así bajo el cañon de las ciudades
vendrán miles de miles de familias ,
pidiendo por piedad pan y cadenas.

ROCHAMBEAU. Es vuestra idea repugnante , impía...
¡ Oh ! ¡ combatir un pueblo con el hambre !
¿ poner en nuestra historia esta mancilla !
Prefiero á tal victoria la derrota.
No , no me engaño , yo bien sé en qué estriva
la fuerza de los negros que orgullosos
en vano al nombre de nacion aspiran.
Este pueblo es un niño ; está su fuerza
en el hombre no mas en quien confía.
Combatid la nacion en solo un hombre ;
conceded á Toussaint cuanto os exija ;
aprovechaos del actual momento
en que su doble corazon vacila ;
cautivad con riquezas sus sentidos ;
apoderaos de él ya que os evita...
Ese hombre es solo una nacion entera.

- LECLERC. ¿Cómo descubriremos su guarida?
Emisarios sin fin van en su busca,
y todos vanamente se fatigan.
- ROCHAMBEAU. Do el elefante se detiene, pasa
sin contratiempo la pequeña hormiga.
Si es sospechosa en manos de los blancos
la carta que queréis se le remita,
buscad para llevársela un mendigo,
que sus recelos disipar consiga,
un negro que entre negros se deslice,
y de Toussaint oculte á la malicia
el emisario que evitar pretende.
- LECLERC. ¿Mas do este negro hallar de tal codicia,
que por un vil y mísero salario
del alma de Toussaint rete las iras?
- ROCHAMBEAU (*indicando á Toussaint.*)
Ved bajo esos harapos á ese ciego
de la miseria hundido en la sentina.
¿Qué de Toussaint le importan los enojos
á un ciego ya caduco que mendiga?
Haciéndole entrever un gran tesoro,
el mismo rayo á provocar iría.
- LECLERC. ¿Quién? ¿ese pobre anciano, á quien dispensa
su proteccion benéfica Paulina?
Que se acerque.

(*Aparte.*)

A menudo de mi esposa
es la bondad la mas segura guia;
á menudo el destino recompensa
la generosidad que ella me inspira.

(*Alto.*)

Yo interrogarle quiero,

(*A un ayudante de campo.*)

que se acerque;

que sin temor le traiga aquí su hija.

ESCENA IX.

Los mismos, TOUSSAINT, ADRIANA.

TOUSSAINT (*conducido por Adriana, afectando mucho respeto y miedo.*)

¿A do vamos?... ¿do estoy?... ¿qué se me quiere?
¡Perdon, blancos! ¡perdon!

LECLERC.

¿Qué os intimida?

Es para vos muy generosa mano
tal vez la mano que os parece impía.
Os hallais...

- TOUSSAINT.** ¿Ante quién?
- ADRIANA.** ¡Triste aparato!
- LECLERC.** Ante el gobernador que os necesita.
- TOUSSAINT.** ¿Ante el gobernador? ¡cielo! ¡es posible!
¡Yo, á quien el siervo mas abyecto humilla!
El poderoso, cuando vé un insecto,
solo aplastarle bajo el pié se digna.
- LECLERC.** Nada temais. En la ilustrada Europa
solo piedad el desgraciado escita;
quien sirve á la república fielmente
es el único grande ante su vista.
¿Quereis servirla vos?
- TOUSSAINT.** ¡Yo, pobre y ciego,
que al término ya toco de la vida!
¡Al menos no os burleis del vil gusano
que en el hediondo lodazal se agita!
- LECLERC.** ¿Yo burlarme de vos? Si tal hiciese,
mía fuera y no vuestra la ignominia.
- TOUSSAINT.** ¿En qué serviros puede un desgraciado
á quien sirve de báculo una niña?
- LECLERC.** Pues cuanto mas enfermo y andrajoso,
cuanto mas se os abata y os deprima,
mas convenis. anciano, á mis proyectos.
La poderosa Francia necesita
que á manos de Toussaint un pliego llegue,
de que depende acaso vuestra dicha,
la de la Francia, la del mundo entero.
Bien sé que es la mision comprometida,
sin que en ella emplear me sea dado
hombre alguno que escite su malicia.
Un negro se requiere que, el misterio
ocultando que lleva, se dirija
á Toussaint, que le busque donde quiera,
y una carta le entregue en su guarida.
Si por desgracia el mensajero muere,
la rica Francia adoptará su hija;
si regresa, los blancos, como hermanos,
le señalarán puesto en su familia,
fijando sobre el público tesoro
una pension segura y vitalicia.
Reflexionad, reflexionad, anciano.
- TOUSSAINT.** Quien cede á tal propuesta se suicida;
pero en la suerte de mi hija pienso,

y ella sola decide de la mía.
Si ella la paga de mi sangre obtiene,
toda la verteré con calma fría.
¡Iré pues!

ROCHAMBEAU.

¡Noble anciano!

TOUSSAINT.

Sí, la muerte,

la muerte será el colmo de mi dicha.

LECLERC.

¿Vos conocéis al hombre á quien os mando?

TOUSSAINT.

Aunque su posicion es tan distinta
de la mía, señor, los dos nacimos
en un mismo bofío, y largos días,
largos años sirviendo al mismo dueño,
aun abiertas llevamos las heridas
que ambos al mismo látigo debimos.
Con la cerviz al mismo yugo uncida,
las mismas cuerdas nuestro cuello hollaron,
nuestros tobillos las cadenas mismas.

ROCHAMBEAU (*aparte.*)

El alma centellea en su semblante;
su voz salvaje aterradora vibra;
me parece á propósito ese anciano
para empresas espuestas y atrevidas.

LECLERC.

¿Cuál es su sentimiento hácia nosotros?

TOUSSAINT (*estremeciéndose.*)

¿Quereis decir... si os odia... ó si os estima?

(*Lentamente y meditando su respuesta.*)

Hasta el mismo Toussaint quizás lo ignora.

Entre el amor y la aversion vacila
su raro corazon, que es un abismo
do nunca descendió su propia vista.
El respeto que tiene á los franceses
por sus triunfos y rápidas conquistas,
el amor de sus hijos, el orgullo
que su color por reaccion le inspira,
el recuerdo del yugo que ha sufrido,
en direcciones mil y mil le tiran,
y su carne y su saugre muchas veces
que luchan con sus huesos se diria.

(*Los generales se miran con asombro.*)

El grito que ha de dar aun no ha resuelto,
será su decision muy repentina;
cualquiera entonces que su grito sea,
resonará en la tierra estremecida.

(*Los generales se usombran de nuevo.*)

No os admire, franceses, este abismo
en que los negros buscan y analizan

sus sentimientos íntimos en vano.
 Nuestra alma de la vuestra es muy distinta.
 No os dió á vosotros al nacer la suerte
 ninguna ofensa que vengar inicua,
 y no os amamantaron vuestras madres
 con filtros de dolor y de ignominia.
 En el mundo al nacer tenéis un puesto,
 ancho como la atmósfera en que gira
 sin obstáculo el águila potente,
 un puesto en el banquete de la vida.
 No hallan contradicción vuestros instintos;
 en vuestras almas resplandece el día;
 pero la nuestra es una noche oscura,
 do las pasiones en tropel germinan.
 Barreduras del mundo, cuanto tiene
 la tierra de pureza ó de inmundicia
 con nuestras almas mézclase y fermenta
 al fuego oculto de pasiones vivas,
 y fecunda la tierra ó la consume,
 según es la pasión que predomina.
 Nube que lleva proceloso el viento,
 bronce en fusión, tan solamente indica
 por la explosión lo que es.

ROCHAMBEAU. ¡Oh! ¡qué lenguaje!

BOUDET. Esa profunda voz que aterroriza
 es la voz del Océano que brama,
 es la lava que hierve derretida.

ROCHAMBEAU. ¡Y una raza que en hombre semejante
 tiene un acento tal vivió proscrito!

LECLERC. Volvamos á Toussaint. ¿Ama á su patria?

TOUSSAINT. No amándola, su nombre no sabrías.

LECLERC. ¿Y su mujer?

TOUSSAINT (*olvidando un momento el papel que finge.*)

¡Murió! ¡murió!... los monstruos...

(*Escusándose repentinamente.*)

Perdonad; yo los nombres repetía
 que arrancó de su pecho el sentimiento,
 cuando á la compañera de su vida
 de hambre mataron sin piedad á los blancos.

LECLERC. ¿Sus hijos?

TOUSSAINT (*con un transporte mal contenido.*)

¿Preguntáis si les quería?

¿Cómo! ¿no se ama en toda humana raza
 la médula en los huesos contenida
 y la sangre en las venas encerrada?
 ¡Pobres ramas del tronco desprendidas!...

¡ Si ama á sus hijos ! ¡ ah ! ¡ si él os oyera !...

(Con indignacion.)

¡ ni á Dios, ni al mismo Dios responderia !

(Despues de un descanso.)

¿ Por quién, pues, tan abyecto y miserable cara á cara miró la tiranía ?

¿ Por quién valiente sacudiendo el yugo y la dura cadena haciendo trizas, contra la libertad jugó su sangre ?

¿ Era acaso por él, cuyas pupilas el sueño eterno eclipsará muy pronto ?

Si dió á los negros, á una inerte arcilla, la voluntad y el alma de los libres,

de que en su servidumbre carecian, fué por dejar á sus queridos hijos

la plenitud del venturoso dia

de que él gozó el crepúsculo tan solo;

para que ellos, gozando las delicias

del suspirado bien que les prepara,

confundan en la misma idolatría

su independenciam y su glorioso padre,

y al recordar sus hechos le bendigan.

ALBERTO (bajo á Isaac.)

Llora.

ISAAC (bajo á Alberto.)

Y á mí los ojos se me anegan,

y las lágrimas surcan mis mejillas.

TOUSSAINT (reclando que su sensibilidad le haya descubierto.)

Así hablaba Toussaint, cuando á las armas con denodado corazon corria.

LECLERC. Proseguid.

TOUSSAINT.

¡ Sus dos hijos ! me parece

que viéndoles estoy cuando crecian

junto á él, codiciando su ternura.

De igual belleza, mas de edad distinta,

era negro el mayor, mulato el otro,

y el amor de Toussaint se repartian.

Les estrechaba sin cesar ¡ ay ! y eran

teatro de sus juegos sus rodillas,

adorando á su Alberto cual su noche,

adorando á Isaac como su dia.

El retrato buscaba en sus semblantes

de sus dos madres por su mal perdidas.

El uno era su Alberto: destinado

á muy nobles pasiones parecia ;

como en terso cristal se reflejaba

en él el alma de Toussaint altiva.
 El otro era Isaac, un tierno niño
 con el dulce carácter de una niña;
 abrazaba á su padre cariñoso,
 y á este derretían sus caricias,
 y á menudo decia al ángel bello
 mientras se embelesaba en su sonrisa:
 «Será Alberto mi gloria, y tú, ángel mio,
 tú me amarás.»

(Con ternura.)

Su corazón de acibar
 llenan estos recuerdos... ¡pobrecitos!
(Estendiendo los brazos.)
 ¡Oh mi Alberto! ¡Isaac!... Perdon, queria
 á los dos como un padre...

(A estas palabras Alberto cree reconocer la voz de su padre, y se levanta como sobresaltado de la mesa en que se apoyaba con el codo, haciendo un movimiento instintivo como para responder y precipitarse hácia Toussaint.)

ALBERTO. ¿Qué voz esa?

si no me asesorase con la vista,
 diria que esa voz es de mi padre...

ISAAC *(acercándose á Toussaint.)*

¿Nos conocéis vos pues?

SALVADOR *(á Isaac.)*

¡Silencio! ¡quita!...

TOUSSAINT *(abriendo convulsivamente los brazos para abrazar á Isaac, y volviéndolos á cerrar repentinamente por reflexion.)*

¿Qué habeis dicho?... ¡Yo!... ¡Vos!... ¡No, no os conozco!

LECLERC *(á Salvador.)*

Separad á ese niño, que no impida
 al ciego responder.

(Separán un poco á Isaac.)

Si él recibiese

de sus amados hijos la noticia
 de que á sus brazos volverán; si en cambio
 de la paz que desea en estos climas,
 sus dos hijos la Francia le entregase,
 ¿á ese don de una madre compasiva,
 entre la estéril ambicion del jefe
 y la dicha del padre oscilaria?

TOUSSAINT.

¿Sus hijos?... ¡Oh! ¡yo siento!...

(Rectificándose en seguida.)

No, me engaño...

Quiero decir, yo creo que la vida

en cambio diera de un abrazo suyo ,
 ¡ la tierra , el cielo , todo lo daría !
LECLERC (*á Rochambeau.*)
 ¡ La pluma , general ?
(A Toussaint.)
Vos , aquí quieto ;
 de vuestra hija labrareis la dicha .

ESCENA X.

Los mismos , UN AYUDANTE DE CAMPO , MOISES.

UN AYUDANTE DE CAMPO (*abriéndose paso entre la multitud para llegar al estado mayor , conduce de la mano á Moises.*)

¡ Dejadnos pasar , señores !
 este que viene conmigo ,
 aunque negro , es un amigo .

(Se le deja libre el paso , y conduce al general Moises al gobernador . Este se levanta.)

LECLERC. Es uno de los mejores
 generales de Toussaint ;
 con las tropas de su mando
 se ha pasado á nuestro bando .
MOISES. Nos damos el parabien .
LECLERC. ¿ Vuestro nombre , general ?
MOISES. Moises , de Toussaint sobrino .
LECLERC. ¡ Feliz sorpresa !
MOISES. Adivino
 sorpresa tan natural .
 Sobrino de Toussaint digo ,
 y á sus consejos llamado ,
 pero el amigo jurado
 de todo el que es su enemigo .
 Que Toussaint de nuestros males
 ya la medida colmó ,
 y en fin mi razon rompió
 los vínculos fraternales .
 ¡ Yo siervo de tal señor !
 ¡ yo humilde lamer su mano !

¡No! tirano por tirano,
 el mas grande es el mejor.
 A vuestras filas me lanza
 solo el odio que le tengo,
 y para serviros vengo,
 sirviendo así mi venganza.
 ¡Oh! conozco bien su ardid;
 nada omito, nada callo;
 en inteligencia me hallo
 con muchos jefes.

LECLERC.

¡Decid!

MOISES.

¿Cuáles sus designios son?
 Combatiros sin piedad.

LECLERC.

¿Por quién? ¿por la libertad?

MOISES.

¡No, por él!

LECLERC.

Tiene ambicion.

MOISES.

¿En qué confía?

Confía

en que al cabo os cansareis,
 pues nada conseguireis
 batallando noche y día.

LECLERC.

¿Su estratégia?

MOISES.

Las celadas.

LECLERC.

¿Su táctica?

MOISES.

El tiempo solo;
 la astucia, el fraude y el dolo;
 esas dudas prolongadas
 que siembra muy hábilmente;
 su espíritu, que do quiera
 que le busqueis, está fuera,
 y do quier que no, presente;
 este pueblo prosternado;
 disponiendo él de su calma,
 su secreto que en el alma
 lo tiene siempre encerrado;
 Haití, que en él su fortuna
 fia no mas, porque le ama...

LECLERC.

¿Qué otras manos de su trama
 tienen los hilos?

MOISES.

Ninguna.

LECLERC.

¿Do se le puede encontrar?
 ¿con qué asechanzas se puede
 capturarlo, si no cede?

MOISES.

No hay mas medio que cercar
 la cueva en que se metió,
 el antro que escogió oscuro,

creyéndole el mas seguro.
LECLERC. ¿Quién le descubrirá?
MOISES. Yo.
LECLERC. ; Vos!... ¿Qué digna recompensa
exigís? ¿qué beneficio
por este inmenso servicio?
MOISES. Tambien mi saña es inmensa.
Que satisfacerla tengo,
pues me quema el corazon.
LECLERC. ; Hombre singular!
MOISES. Traicion
no hago, general, me vengo.
LECLERC. ; Pues bien!... Decid con sigilo
á los aquí convocados
con qué indicios mis soldados
podrán encontrar su asilo.
Indicaduos la morada,
el antro, la madriguera,
donde se puede á la fiera
ahogar.

(A estas palabras Toussaint, por un movimiento insensible y como arrastrándose, se va colocando á espaldas del general Moises, sin que el estado mayor sije en él la atencion. El general Moises mira con precaucion en torno suyo, como temiendo ser oido por un espia.)

No temais nada.
Aquí no se tienden redes;
mis oficiales discretos
son y mudos.
MOISES *(en voz baja.)* Hay secretos
que los oyen las paredes.

(Despues de mirar de nuevo á derecha é izquierda, sin ver á Toussaint que se agacha detras de él.)

; Oid! — En esas montañas
do espesos árboles crecen,
y en que solo se guárecen
los majáes y alimañas;
por los cerros que hay mayores
á un antro oscuro se vá...
LECLERC. ¿ Y él está allí?

TOUSSAINT *(levantándose cuanto puede delante de Moises, deja caer á sus piés sus harapos; sus ojos reaparecen; saca un puñal de su*

cintura , y lo hunde en la garganta de Moises , esclamando:)

¡No! ¡que está
donde quiera que hay traidores!

(Moises cae de manos contra la mesa del consejo. Todos se precipitan para prender á Toussaint , el cual , á favor de la confusion , gana en tres saltos la punta de la roca que forma el cabo que se eleva sobre el mar detras de la tienda del consejo , y se arroja á las olas. Algunos soldados prenden á Adriana.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

PERSONAS DEL ACTO CUARTO.

EL PADRE ANTONIO.
SALVADOR.
ALBERTO.
ISAAC.

SERBELLI.
ADRIANA.
Soldados del ejército
francés.

ACTO CUARTO.

Un vasto y sombrío subterráneo sirviendo de cárcel bajo las casamatas del fuerte en el campamento francés. A la izquierda, gruesos pilares sostienen la bóveda é interrumpen la luz que baja de las poternas. A la derecha, una puerta baja con reja de hierro á lo alto de una escalera húmeda y oscura. En el fondo un rejado cerrado que da á un patio. En este patio una puerta en la cual se lee escrito con grandes caracteres este rótulo: *Hospital militar.*

ESCENA PRIMERA.

ADRIANA (*sentada en un monton de paja, asida de uno de los pilares por medio de una cadena que sujeta sus piés y sus manos.*)

¿Es esto una mazmorra?... ¿es una tumba?...
¡oh! me es indiferente...
¿Qué me importa el lugar en que sucumba,
siendo mis infortunios tan prolijos?
¡Alberto ya no me ama,
y está el padre proscrito por sus hijos!
Mi corazón, que un ciego amor inflama,
en dos partes divido,
¡una para ese Alberto tan querido,
otra para Toussaint!... ¡Qué horrible suerte!
¡sepultadme, tinieblas de la muerte!

ESCENA II.

ADRIANA, SALVADOR, SERBELLI.

(Adriana está sentada, con las manos en los ojos, abismada en sus conmociones. Se vé entrar por la escalera á Salvador acompañado de su hermano; los dos conversan en voz baja en la parte del subterráneo mas alumbrada, á la derecha del espectador, separados por enormes pilares del subterráneo de Adriana.)

SERBELLI. Este es el hospital y las sentinas
en que del campamento
vicios se pudren, crímenes sin cuento.

(Mostrando el subterráneo á la izquierda.)

SALVADOR. Una memoria el general me pide
acerca de estos fúnebres lugares...
Correré mil azares,
pues está aquí encerrada
la sierpe por Toussaint domesticada.

SERBELLI. ¿Qué te importa esa niña?

SALVADOR. ¿Qué me importa?

Por ella de Toussaint saber pudiera
los proyectos y oculta madriguera.
Cuando muy grave riesgo
me amenaza, tan solo este servicio
puede trocar en triunfo mi suplicio
y dar á mis negocios mejor sesgo.

SERBELLI. ¿Qué peligro pues temes?

SALVADOR. ¿Qué peligro?...

¿Supongo que esos muros
son, como gruesos, sordos y seguros?

SERBELLI. Seguros, sordos son. ¡Habla!

SALVADOR. Tu suerte

depende de la mía.
Pertinaz suspicacia nos espía;
del general en jefe á los oídos
han llegado rumores
por todo el pueblo contra mi esparcidos.
El general me mira de reojo,
y un hecho estrepitoso necesito
para calmar su enojo.

SERBELLI. No acierto á comprenderte.

SALVADOR. Te repito
que en el borde me encuentro de una sima.
Ayer me dijo el general palabras

que un eco son del público anatema.
 ¿Y quieres que no tema
 perder pronto su estima?
 Ciertos son los rumores, no lo ignoras;
 mas yo vivía en permanente calma,
 creyendo que mi vida estaba oculta
 en los pliegues recónditos del alma.
 La envidia ha levantado
 una punta del velo que cubría
 lo que llaman algunos fechoría,
 y me ha Leclerc de esta manera hablado:
 «Aspavientos sin fin hacen los negros
 «por un niño perdido,
 «con su madre vendido.
 «Van sus sospechas derramando enojos,
 «y es fuerza que la Francia
 «oculte todo escándalo á sus ojos.
 «Borrad de vuestro nombre esa mancha;
 «descubrid á ese niño desgraciado;
 «á la madre buscad, sedla propicio,
 «que haciéndola algun grande beneficio,
 «redimireis tal vez vuestro pecado.
 «Recobrad mi confianza de este modo,
 «ó el mismo cónsul va á saberlo todo.»
 ¿Y tú qué has contestado?

SERBELLI.
 SALVADOR.

Creó con su mirada penetrante
 confundirme Leclerc; mas no se traba
 fácilmente mi lengua.
 Sin pintarse el rubor en mi semblante,
 he jurado que nunca de una esclava
 solicité un favor que la honra amengua,
 que nunca di la vida
 á un hijo en una esclava envilecida.
 El general dar crédito un momento
 ha fingido á mi torpe juramento;
 pero la oblicuidad de su mirada
 demasiado me dijo
 que su credulidad era afectada,
 y que en buscar insiste
 una prueba tenaz.

SERBELLI.
 SALVADOR.
 SERBELLI.
 SALVADOR.
 SERBELLI.
 SALVADOR.

¿La prueba existe?
 Sí.
 ¿Mas no puedes disiparla?
 Puedo.
 ¿Y qué piensas hacer?
 Buscar do quiera

á esa niña fatal... Corre, pregunta ;
 los negros te dirán todo el secreto ;
 conjurarás el golpe que me amaga
 y que refluye en tí, si eres discreto.

SERBELLI. ¿Los negros de su origen desgraciado
 el misterio conocen?

SALVADOR. Demasiado.
 Denuesta al vil que cometió el delito,
 y compra á peso de oro
 la niña cual si fuese un gran tesoro ;
 embárcala al momento ,
 que cuando aleje favorable el viento
 á la vil desterrada de esta orilla ,
 no quedará testigo á mi mancilla ,
 y ante blancos y negros impudente ,
 blasonando de hourado ,
 levantaré la frente
 sin siquiera una sombra del pecado.

SERBELLI. ¿Cuál es el nombre de tu hija?

SALVADOR. Adriana.

SERBELLI (*marchándose.*)

Basta.

SALVADOR. Corre, apresúrate.

SERBELLI. Sí, mia
 es tu causa tambien, en mí confia.

SALVADOR. Y yo de este hospital improvisado,
 del general las órdenes cumpliendo,
 voy á formar un minucioso estado.
 Aquí me encontrarás.

(*Serbelli sale.*)

¡ Todo me aterra !

¡ Oh ! ¡ si me fuese dado
 mi secreto ocultar bajo la tierra !

(*Salvador abre la reja y cruza lentamente por el patio para entrar en el hospital.*)

ESCENA III.

ISAAC, ADRIANA.

(*Se oye un ligero ruido hácia un respiradero. Isaac se desliza por en medio de los barrotes y se precipita en los brazos de Adriana.*)

ISAAC. ¡ Adriana !

ADRIANA. ¿ Tú , Isaac ?

- ISAAC. ; Oh hermana mia!
- ADRIANA. ; Angel mio!
- ISAAC. ; Ella!
- ADRIANA. ¡ Él!
- ISAAC. ; Si, sí, nosotros!
- ADRIANA. ; Rayo el mas puro del mas puro cielo!
¿ cómo descienes á este sucio lodo?
- ISAAC. ; Qué estás diciendo, hermana mia?... un cielo
es estando contigo el calabozo.
- ADRIANA (*alejándole y acercándole para verle mejor.*)
¡ Es él! ; es mi Isaac!...
- ISAAC. Lloro.
- ADRIANA. ; Oh mi sueño!
abrázame otra vez; dímelo todo.
¿ Cómo has podido descubrir mi tumba?
¿ pediste alas á un pájaro, oh hermoso,
para traerme un rayo de consuelo,
para llenar mi espíritu de gozo?
- ISAAC (*con candor.*)
¿ No lo adivinas tú?
- ADRIANA. No.
- ISAAC (*sonriéndose.*) Los barrotes
de esas puertas se hicieron de este modo
contra el hombre no más. Yo, que soy niño,
entre ellos paso... padeciendo un poco.
- ADRIANA (*abrazándole.*)
¿ Pero qué oculto espíritu te ha dicho
mi paradero?
- ISAAC. El corazon tan solo.
Desde que te entreví junto al mendigo,
no sé por qué se me ocurrió de pronto
que eras tú su gracioso lazarillo.
Yo bajo los vestidos andrajosos
que tus nativas gracias ocultaban
pude reconocerte, y silencioso
tus pisadas seguí, y esta mañana
corriendo en pos de los insectos de oro,
me he cansado por fin, y me he sentado
sobre la verde yerba. Con asombro
desde el glacis miraba las montañas,
y gota á gota el llanto que á mis ojos
llevaba el corazon enternecido
me hacia ver cuánto tenia en torno
con los colores mágicos del iris.
Una vez los cerré para en mi propio
ver mejor á mi padre y á mi hermana,

y tan presentes os tenia á todos ,
que os estaba abrazando... como ahora.

(La abraza.)

En medio de mi ensueño delicioso ,
saliendo de los céspedes mullidos
de una cancion tristes estancias oigo.
Parecia la yerba que cantaba ,
y era tu voz ¡gran Dios!... La reconozco ,
reconozco , ó Adriana , la balada
que de tu pecho sale entre sollozos :
«Duerme , pájaro negro...» ¿No te acuerdas ?
Todo mi ser en la balada pongo ,
y me levanto , y veo una cercera ,
y abismo mis miradas afanoso
en una estancia lúgubre que aterra ,
sin ver mas que tinieblas en su fondo.
Y paso el día rebuscando en vano
la entrada de este triste calabozo ,
hasta que en fin un corredor percibo ;
entro en él animoso , verte logro ,
y aquí me tienes ya.

ADRIANA.

¡Sí ; sí , te tengo !...

Déjame ver tu delicioso rostro ,
que embelleció la edad sin alterarlo ;
deja que admire tu valor heróico...
como un hermano denodado y bravo ,
como una hermana dulce y cariñoso.

ISAAC.

¡Hermana mia !... Pero deja que antes
de tus piés , de tus brazos tan preciosos
quite esos eslabones... No... no puedo...
el uno remachado está en el otro...
Ni siquiera alfojarlos me es posible...
¡Oh ! ¡qué fatalidad ! tiernos y flojos
son los dedos de un niño... ¡Si mi hermano
viniera !... ¡Sí ! vendrá , á buscarle corro.

ADRIANA.

¡Y estaremos los tres !

ISAAC.

¡Los tres ! ¡ah ! ¡es cierto !

él solo doblará nuestro alborozo ,
porque sin él no puede ser completo.
Corro á buscarle.

(Se dirige á la puerta y retrocede con alguna vacilacion.)

¡Llegará á su colmo
la alegría de Alberto cuando vuelva
á ver á aquella hermana de que ansioso

hablábale yo tanto!

ADRIANA.

¡Lo comprendo!

es decir que él hablaba de mí poco.

ISAAC.

De tí hablaba también, todos los días,
pero con gravedad, en otro tono,
burlándose á menudo con sarcasmos
de nuestras niñerías.

ADRIANA (con una desesperacion ahogada.)

¡De este modo

nuestros caros recuerdos califica!

ISAAC.

¡Como él es hombre ya! Los hombres todos
encuentran casi siempre muy pequeñas
nuestras dichas, pequeños nuestros gozos.
Pero es igual, se alegrará de verte.
Aguárdanos.

(Adriana con un ademán de reconvencion le muestra sus cadenas.)

¡Dios mio! bien conozco
que te he causado pesadumbre. Deja
que bese tus cadenas... ¡Cuánto os odio,
ó blancos!... ¡oh! ¡qué duras son! ¡qué frías!
hiélanme el corazón cuando las toco.

(Se va.)

ADRIANA.

Mas frías son, mas duras sus palabras.

ESCENA IV.

ADRIANA (sola.)

¿Con que volveré á verle?... ¡á él!... ¡y pronto!...
Tiembla mi corazón; quiere salirse
del pecho, irle á buscar... ¿A quién? ¡Oh loco
devaneo!... Tal vez una mirada
tan pesada, tan fria como el plomo;
tal vez una palabra balbuciente,
con tedio pronunciada y con sonrojo.
¡Oh! ¡mas valiera perecer sin verle
en la profundidad del calabozo!

ESCENA V.

ADRIANA, ISAAC, ALBERTO, *despues* SALVADOR.

(Se oye limar y caer uno de los barrotes de hierro de la cárcel. Isaac salta el primero en el subterráneo, y da la mano á Alberto arastrándole hácia Adriana. Adriana se tapa varias veces el rostro con las manos, como temiendo ver á Alberto.)

ISAAC *(dejando á su hermano á mitad del camino, y saltando al cuello de Adriana.)*

¡Henos aquí!...

(Viendo que su hermano se ha quedado atras como indeciso, y no osando acercarse.)

¡Sigue, Alberto!...

¡haz como yo!... ¡nada temas!

¿No ves que á ella acercarse le prohíbe la cadena?

Ella no puede... mas tú...

¿qué encuentras que te detenga?

¡Miraos pues!... ¡Estais mudos

uno del otro en presencia,

y ni levantais los ojos!

¿por qué así mirais la tierra?

¿Consiste, Alberto, el amarla en tener miedo de verla?

ALBERTO *(con una afectacion sensible acercándose á Adriana para besar su mano.)*

¡Miedo de verla!

ADRIANA.

¡Él lo ha dicho,
y no miente, no, su lengua!

(Aprieta convulsivamente la mano de Alberto en sus manos encañadas.)

¡Engáñame!... Mas no, no,
díme la verdad entera;
si te has propuesto matarme,
que de un solo golpe sea.

ALBERTO *(de rodillas y mirando á Adriana.)*

¡Adriana! ¡Adriana! ¿por qué
con tus palabras severas
este instante en que volvemos
á vernos ¡ay! envenenas?

ADRIANA (*indicándole con la mano las bóvedas subterráneas.*)

¡Ah! si debia de nuevo
acercarnos nuestra estrella,
¿habia de ser, hermano,
en una mansion tan negra?
¡Yo en esta oscura mazmorra
en que viva se me entierra,
y tú amigo de los blancos,
de los que me tienen presa!
¿Ser libre en estos lugares,
Alberto, no te avergüenza?
¿Aqui, donde los tiranos
nuestro horizonte nos niegan?

(*Durante estas últimas palabras de Adriana, se ve á Salvador entrar en el subterráneo por otra puerta, y se queda escuchando medio oculto á la sombra de un pilar.*)

ALBERTO. ; Oh! ¿por qué contra los blancos
esos odios alimentas?
Son tambien nuestros hermanos
los tiranos que detestas.

ADRIANA (*mostrándole sus manos encadenadas.*)

¡Y tú lo dices, estando
tu hermana en estas tinieblas!

ALBERTO. ; Perdóname! ; lo olvidaba!
; oh! sí, sí, ¡malditos sean
todos los que te profanan!
; mil y mil veces perezcan!
; Vergüenza y muerte á los crueles
cuyas manos te encadenan!
¿No pudieron desarmarles
tus lágrimas y belleza?

ADRIANA. ; Qué crimen has cometido?
; El de amarte tan de veras!
; el de servir á tu padre,
el de volverle la prenda
de su corazon, y hallar
á un hermano! ; Alberto! ¿es esa
su virtud que te fascina?

ALBERTO. ; Eso es su error!

ADRIANA. ¿Es posible
que aun á absolverles te atrevas?

ALBERTO (*enternecido.*)

; Absolverles yo del llanto
que tu puño amor te cuesta!

Por cada lágrima tuya
de sangre una gota dicra.

(*La abraza.*)

ISAAC (*enlazando á los dos con sus brazos.*)

¡Oh! no en vano yo decia
que al vernos, Adriana bella,
formaríamos los tres
uno solo donde quiera.

ADRIANA. ¿Alberto mio, es verdad?...

¿Será posible que pueda
volver de nuevo un hermano
á su padre que le espera?

ALBERTO. Sí, yo ablandar lograré
á esos hombres, á esas hienas...

A ellos voy...

ISAAC. No, volverian
mas pesadas sus cadenas...
Mis manos las romperán,
no las tuyas.

(*Corre hácia la reja; coge la lima con que cortó el barroto para introducir á Alberto, y se la entrega á este.*)

Tú mas fuerza
tienes que yo... ; Toma! ¡lima
sus cadenas!... ; Cuánto pesan!
Por nosotros las llevaba,
¡que nuestras manos pues sean
las solas que se las quiten!
Pronto, Alberto; el tiempo apremia...
Salgamos ya... nos protege
la noche con sus tinieblas...

ADRIANA. A los tres un padre aguarda.

ISAAC. A los tres un ángel lleva.

(*Alberto lima precipitadamente las cadenas. Adriana, ya libre se precipita en los brazos de Alberto.*)

ADRIANA. ; Alberto mio!... ; Ser libre,
y ser tú quien me liberta!

¡Toussaint! ; hé aquí tu hijo!

ALBERTO. ; Y tu amante, Adriana bella!

ADRIANA. ¿Qué has dicho?... ; Dilo otra vez!...

¡que se prolongue y estienda
la mágia tan deliciosa
de esta palabra halagüeña!

¿Mintió, pues, el que decía
 que ya indiferente te era?
 ¿Tu corazón de mi amor,
 Alberto, no se avergüenza?
 ¿No es, pues, cierto que te afrente
 el cariño de esta negra,
 que erigió en su pecho un trono
 á tu imagen que venera?
 ¿Te acordabas de tu hermana
 desde tan lejanas tierras?
 Dilo, repítelo, Alberto;
 dí que me amas; me deleita
 esta palabra; en mi oído
 como una música suena.
 ¡Yo te amo tanto! lo saben
 los desiertos y las selvas,
 los mares, los vientos, todo...
 Se lo decía en tu ausencia.
 Dí que me amas, y huirémos.

SALVADOR (*se desprende furioso de la sombra del pilar que le oculta
 y se presenta como una fantasma terrible entre los dos amantes.*)

¡Silencio!

(*A Adriana.*)

¡Mala culebra,
 que con lengua ponzoñosa
 su corazón envenenas,
 bien pronto bajo mis plantas
 serás aplastada y muerta.

(*A Alberto y á Isaac.*)

¡Salid vosotros!... Soldados,
 conducid donde no vean
 la luz á esos dos rebeldes.
 Vigilenles centinelas,
 fija la vista en sus gestos,
 fija el oído en su lengua.

(*Los soldados se llevan á los dos hijos de Toussaint.*)

ESCENA VI.

ADRIANA, SALVADOR.

SALVADOR (*á solas paseándose rápidamente por la escena.*)
 Si tan á tiempo no vengo,
 con su lengua de serpiente

me arrebató el ascendiente
 que sobre los dos mantengo.
 ¿Quién sabe si lo he perdido
 en su corazón? ¡qué afrenta!
 Al consejo he de dar cuenta
 de todo lo sucedido.
 ¿En adelante podré
 poner freno á la pasión
 que nutre en su corazón
 ese joven? No lo sé.
 ¿Es un remedio eficaz
 contra esa fiebre la ausencia?
 no alimento tal creencia;
 el amor es pertinaz
 y rebelde... ¿Qué haré pues?
 Con otra pasión la muerte
 daré á su amor. Si este es fuerte,
 el orgullo también lo es.
 Pronto haré que se avergüence
 Alberto, que es orgulloso,
 de un amor tan poco honroso;
 el orgullo al amor vence.
 Ella me inspira piedad...
 ¿mas ante un remordimiento
 retrocede el pensamiento
 de hombres de mi calidad?
 ¡Jamás! de mí no se diga
 que vacilé un solo instante;
 ningún medio es repugnante
 mientras el fin se consiga.

ADRIANA (*lanzando un grito y cayendo á los piés de Salvador.*)

¡Dios mío! muero á sus piés.

SALVADOR (*la levanta desmayada y ve el retrato.*)

¿Sueño ó vértigo!... ¿qué miro!

¿estoy despierto ó deliro?

¿Acaso una visión es

que, juntando en sus enojos

recuerdos con que me pasma,

ha formado esa fantasma

que se burla de mis ojos?

La fantasma disipemos,

siendo en ella la vista;

no hay milagro que persista

cundo los ojos tenemos

(*Se acerca á la claridad para ver mejor.*)

bien abiertos... claramente

lo veo... no hay duda, no;
 ¡soy yo! ¡soy yo! ¡siempre yo!...
 la semejanza no miente...
 ¡El retrato, que insensato
 dejé aquí, de esa mujer
 cómo ha pasado al poder?...
 ¡Dios mio! ¡y si ese retrato
 del desapiadado padre
 colgado hubiera del cuello
 de la huérfana, cual sello
 de su cariño, la madre
 con el fin de que algún día
 pudiese hallar al autor
 de su existencia el amor
 de madre siempre confía.
 ¡En reflexiones me abisma
 misterio tan singular!
 ¡Lo que quería aplastar
 era ¡gran Dios! mi alma misma!
 (A Adriana levantándola de nuevo.)
 ¡Habla ya!

(Adriana hace un ligero movimiento. El padre Antonio atraviesa el patio y abre la puerta rejada, reapareciendo luego bajo el subterráneo.)

ADRIANA. Le veo, es él.
 SALVADOR. ¡Destino! ¡destino ingrato!
 (Mostrando el retrato á Adriana.)
 Di, ¿quién es este retrato?
 ADRIANA. ¡Mi padre!... ¡dámelo, cruel!
 SALVADOR (azorado.)
 ¡Su padre!... ¡Oh crimen!... ¡qué horror!
 Ignoro qué he de hacer de ella...
 ¡Con mi fortuna se estrella
 en este encuentro mi honor!...
 ¿Callará si se lo digo?...
 ¿dónde huir? ¿do la traslado?
 Soy por mil ojos espiado,
 y ¡ay como tenga un testigo!...

(El fraile atraviesa la parte alumbrada bajo el pilar de la derecha.)

¡Esperanza! un religioso
 aquí me envía el acaso
 para sacarme de un paso

tan fatal, tan peligroso.
 Nadie pedirá á su cruz
 cuenta de esa desgraciada,
 de esta mansion arrancada,
 do no tiene aire ni luz.

ESCENA VII.

Los mismos, EL PADRE ANTONIO.

SALVADOR. ¡ Ministro de caridad,
 á quien Dios, que os es propicio,
 para hacer un beneficio
 aquí trae, por piedad
 para un estraño misterio
 asistidme en mi zozobra;
 auxilieme en mi obra
 vuestro santo ministerio.

EL FRAILE (*espiondo á Adriana con la vista.*)

 Mi mision es socorrer
 al débil que está sufriendo.

SALVADOR. Pues bien, buen padre, corriendo
 llevaos á esa mujer.
 De dispierta centinela
 la vigilancia engañad;
 id al puerto; preguntad
 por Serbelli, y esa esquela.

(*Escribe dos palabras en la hoja de un libro de memorias y la arranca.*)

 entregadle. La partida
 él tiene ya preparada
 de esa jóven desdichada;
 salvad, buen padre, su vida.
 Va el buque á zarpar... Os dé
 el cielo su bendicion;
 mucho apremia la ocasion;
 despues todo os lo diré,
 despues, padre, con mas calma.

EL FRAILE (*cogiendo á Adriana bajo un brazo.*)

 Salvarla pronto os prometo.
 No quiero vuestro secreto,
 quiero de un ángel el alma.

SALVADOR. Que en pos no quede de vos

de vuestra acción huella alguna!

(*Aparte.*)

Ese fraile... ¡qué fortuna!

EL FRAILE (*en voz baja.*)

¡Gracias te doy, santo Dios!

(*Se aleja, llevándose á Adriana oculta entre los pliegues de sus hábitos.*)

ESCENA VIII.

SALVADOR (*solo.*)

Respira, corazón... ¡mi buena dicha
de qué fardo tan grave te aligera!
Este retrato pérfido ocultémos
do ningún ojo de mortal lo vea.
No faltará algún cómplice en su fuga...
cualquiera, nuestras mismas centinelas;
acusemos el oro... ¡Siempre el oro
suele de una prisión abrir las puertas,
y del viejo Toussaint nuestros alcaides
no aciertan á burlar la estratagemá!

ESCENA IX.

SALVADOR, SERBELLI.

SALVADOR. ¡Hermano! ¡hoy el acaso me ha servido
mejor que tú! Tenía de mí cerca
la misma jóven que temía tanto,
y un pobre fraile me ha librado de ella.

SERBELLI. ¿Un fraile?

SALVADOR. Tú sin duda le habrás visto.

Él te la conducía. Con presteza
vuelve al puerto, y escríbeme al momento.

SERBELLI. ¿Un fraile?

SALVADOR. Sí.

SERBELLI. Que una muchacha lleva,
una niña muy pobre y andrajosa,
pálida, débil, de la muerte emblema.

SALVADOR. La misma, sí, que la conduce al buque
por mí mismo provisto de una esquila.

SERBELLI. ¿Al buque? ¿al puerto? ¿al mar?

PERSONAS DEL ACTO QUINTO.

TOUSSAINT-LOUVERTURE.
EL PADRE ANTONIO.
SALVADOR.
ALBERTO.
ISAAC.
ROCHAMBEAU.
DESSALINES.

PETION.
ADRIANA.
Generales, oficiales, soldados del ejército de Toussaint y del ejército frances, pueblo.

ACTO QUINTO.

Las cordilleras del Cáos, cerca del nacimiento del Artibonita, que se le ve precipitarse en forma de cascada detrás de la meseta en que descansa el campamento de Toussaint. A la derecha de la meseta se ven las agudas peñas de un cerro mas elevado, cuya cima está coronada de nieve. Esta es la Cresta del Pierrot mandada fortificar por Toussaint. Algunos árboles caídos y puentes echados sobre los precipicios. Peñascos amontonados, formando parapetos, defienden esta formidable posición atrincherada. Centinelas avanzadas muestran en distintos puntos su cabeza y su bayoneta. Encima de las rocas la luna alumbra aun un poco el cielo. Los primeros resplandores del alba despuntan hacia el Este.

ESCENA PRIMERA.

TOUSSAINT, EL PADRE ANTONIO, DESSALINES, PETION, ADRIANA,
GENERALES, OFICIALES, SOLDADOS DEL EJÉRCITO DE TOUSSAINT, PUEBLO.

(Toussaint está sentado delante de un tronco de árbol derribado, cubierto con una piel de pantera. Los generales negros rodean á Toussaint. El fraile lleva calada la cogulla, y enjuga su frente. Adriana está acurrucada en el suelo, con un brazo apoyado en el hombro de Toussaint. Este la mira con ternura, pasando de cuando en cuando la mano por los cabellos de la joven.)

TOUSSAINT *(al fraile.)*

El Señor que el sacrificio
de Abrahan previno un día,

à mis súplicas propicio,
 me devuelve la hija mia...
(Mostrando Adriana.)
 ¡ Por tan grande beneficio
 que su sangre te bendiga,
 puesto que instrumento has sido
 de la voluntad amiga
 de ese Dios en quien se abriga
 mi espíritu compungido!
 Mi llagado corazón
 entrego á mi pueblo infausto;
 añade tú tu oracion
 á mi sangriento holocausto,
 á mi tortura y pasion.
 Cuán propicio le tenemós,
 padre mio, tú lo ves...
 ¿ Su proteccion merecemos?
 ¿ padre de los negros es?
 ¡ Lo verémos! ¡ Lo verémos!

(El fraile se retira con las manos juntas y la vista dirigida al cielo. Toussaint llama con un ademán á los generales negros, y les indica que dejen acercar á él la multitud.)

ESCENA II.

Los mismos, menos EL PADRE ANTONIO.

TOUSSAINT. Acercaos, hermanos,
 compañeros de afrentas y de ultrajes,
 excerados del blanco
 cual compuestos de un lodo mas infame;
 vosotros, que en el seno
 de enflaquecida y magullada madre
 un corazón de acíbar
 con su leche mefítica os formasteis;
 vosotros, en un todo
 á las mas viles bestias semejantes;
 ¡ reptiles!...

(Con orgullo.)

 de que llevo
 la cabeza y el tósigo... ¡ escuchadme!
 El momento ha llegado
 en que la raza de opresores halle
 la tumba en esta tierra

que tanto amancillaron sus maldades.

Ya vienen; ya se acercan;
ya pisan desdeñosos y arrogantes
nuestra yerba que pronto
vereis crecer regada con su sangre.

¡Animo! en la memoria
recopilando ahora cuantos males
os hicieron los blancos,
si tencis corazon, tendreis coraje.

Recordad los insectos
que inmundos devoraban vuestra carne,
cuando en negras mazmorras
os pudriais tendidos como canes;
sin esposa y sin hijos
vuestras brutales cópulas y enlaces;
la tierra rehusada
hasta á vuestros despojos y cadáver.

Recordad cuántos nombres,
títulos de abyección y vasallaje,
inventara el desprecio
y el tedio que á los blancos inspirasteis.

Contadlos todos, todos,
y que del corazon no se esclaven;
sean ellos la lava
que convierta á los negros en volcanes.

El duro aguijon sean,
que hincado en la cerviz que el yugo abate,
hacen contra el baquero
al toro enfurecido rebelarse.

¿No veis cómo su frente
al cabo vuelve, y mete en los hijares
del tirano sus astas,
haciéndole dar vueltas por el aire?

(Viva general. Toussaint prosigue mas bajo y con muchos ademanes.)

¡Allí están!... ¡ya se acercan!
¡allí están esos blancos execrables,
de la gacela negra
cazadores impíos y cobardes!
Hacia el oculto lazo
que ha sabido mi mano prepararles
callados se dirigen,
sorprendernos pensando. Ellos no saben
que es muy fino mi oido,
y que les oigo bien por bajo que hablen.

El rumor de sus pasos
llegó á mí desde el borde de los mares...

(Toma el ademán del que escucha, aplicando el oído á la tierra.)

¡Psit!... ya abreven sus potros
de la limpia cascada en los cristales;
ya en muy gruesas columnas
su ejército dividen formidable.
Ya ganan nuestros cerros
uno á uno... ¡Que suban! ¡que se afanen!
(Con energía.)

¡Antes de poco tiempo
descender les harémos por millares!
(Indicando un gran peñasco derrumbado.)
Para subir al monte
aquella mole de pesado jaspe
¡cuánto tiempo es preciso!
Para hacerla bajar ¿cuánto?... ¡un instante!
¿Teneis miedo á los blancos?
¡á los blancos! ¿por qué? No os amilanen.
Yo tambien se lo tuve,
se lo tuve tambien... Pero, escuchadme:
En los días aquellos
en que, oculto de la isla en los breñales,
en ninguna guarida
podia hallar seguridad bastante,
rendido de cansancio,
anhelando dormir, me fuí muy tarde,
muy entrada la noche,
á refugiarme en la desierta márgen
de un triste cementerio.
Apenas suspendida del ramaje
de un altanero cedro
tuve mi hamaca, al resplandor suave
de la luna, ví un tigre
de sepultura en sepultura errante,
que olfateando la presa
se detuvo por fin en un paraje.
Escarbando la tierra
con sus garras agudas cual puñales,
ante mis ojos puso
de un amo y de un esclavo el vil cadáver.
Oí de sus quijadas
el áspero roer; sació su hambre,
y se fué presuroso.

Sus luces al verter crepusculares
 la aurora, yo del árbol
 descendí tembloroso y palpitante
 para enterrar los restos
 de nuestro compañero miserable.
 ¡Inútiles esfuerzos!
 de los dos esqueletos repugnantes
 dejado había el tigre
 completa la armazon. Al desollarles,
 volvió al negro y al blanco,
 al siervo y al señor, del todo iguales.
 Mi horror sobrepujando,
 quise ver en qué nervios, en qué partes
 distinto era del siervo
 el que de su señor hiciera alarde.
 Entre el negro y el blanco
 ¿de qué distancia tan inmensa nace,
 que el blanco manda al negro,
 y el negro se conforma á que le mande?
 Los dos los mismos huesos,
 órganos y sentidos semejantes,
 todo análogo, todo;
 la carne de los dos el tigre paca,
 y con los dos se nutren
 los inmundos insectos sepulcrales.
 ¿En qué la diferencia
 consiste pues? En vuestro miedo infame.
 De los dos, blanco y negro,
 ¿cuál es el inferior? el mas cobarde.
 ¿Y seremos nosotros?
 ¿Temerémos al blanco despreciable,
 que gusanos disecan,
 y que devoran tigres y chacales?
 Entonces ¿de rodillas!
 Son los insectos que la brisa barre
 mas hombres que vosotros;
 mas que vosotros los gusanos valen.
 Pero si en vuestro pecho
 un corazón cual el del blanco late,
 el cielo de los libres
 conquistad con valor en los combates.
 Armas tenéis, usadlas;
 ellas os bastan para haceros grandes.
 ¡Mil muertes á nosotros,
 y á nuestros hijos libertad!

PETION.

TOUSSAINT.

No acabes.

¡ Mil muertes á los blancos ,
 y á vosotros mil vidas!... Contempladles ;
 míos son ; ya se acercan
 á nuestros parapetos sus falanges .
 ¡ Silencio hasta que lleguen...
 despues todos en pié ! ¡ seréis gigantes !
 Que al signo convenido ,
 al primer grito que de guerra estalle ,
 bajo sus piés parezca
 que un pueblo entero de la tierra sale .
 Cargad bien los fusiles ,
 y apuntad bien , y disparad : no hay nadie
 que en su fusil no tenga
 el porvenir de una nacion que nace .
 ¡ Todos á vuestros puestos !

(Se van. Toussaint llama á los principales jefes, y aprieta á todos la mano uno tras otro.)

¡ Hasta mañana, hermano ! No desmayes ;
 ¡ ó libre acá en la tierra ,
 ó allá en el cielo coronado mártir !
(Salen.)

ESCENA III.

TOUSSAINT, ADRIANA.

(Toussaint contempla á los jefes de su ejército levantando las manos hácia el cielo y orando al parecer por él, despues se dirige de nuevo á Adriana, y sentado en el tronco de un árbol, la coloca á su lado.)

TOUSSAINT. Permite me , ángel mio ,
 antes de la batalla
 que viéndote recobre
 el brio que me falta .
 Yo solo engendro un pueblo ,
 y en esta tierra ingrata
 ¡ triste de mí ! su padre
 ningun hijo me llama .
 ¿ A qué precio te logro ,
 ó libertad amada ?
 Si mis hijos no pierdo ,
 mi pueblo no se salva ,
 y por salvar mis hijos

he de perder mi raza.
 ¡Amparadme, Dios mio!
 vacilar siento el alma.
 Es fuerza que rechace
 toda pasión humana
 para ser, Providencia,
 en tu mano sagrada
 un instrumento digno.

(A Adriana.)

Oyeme, pobre Adriana;
 un infeliz esclavo
 de toda mi confianza
 á la isla española
 te llevará, lejana
 del funeral estruendo
 de estrepitosas armas.
 ¡Sigue, sigue sus pasos!
 ¡evita, desgraciada,
 testigo ser de escenas
 de sangre y de matanza!

ADRIANA (asiéndose de él con fuerza.)

¡Jamás! os lo repito;
 mas valiera mandarais
 que de mi pobre cuerpo
 se separase el alma.

TOUSSAINT.

Tu corazón de acero,
 oh muger denodada,
 primero que se doble
 mil veces se quebranta.

ESCENA IV.

Los mismos, ROCHAMBEAU, SOLDADOS DEL EJÉRCITO DE TOUSSAINT.

(Los soldados conducen á Rochambeau delante de Toussaint con los ojos vendados.)

UN SOLDADO NEGRO.

¡Señor! ¡señor! ¡un espía!

OTRO SOLDADO NEGRO.

Le hemos hecho prisionero.

OTRO SOLDADO NEGRO.

¿Es menester fusilarle?

ADRIANA (colocándose entre el blanco y el negro.)

¡Piedad!

TOUSSAINT (*á Adriana.*)

No, no tengas miedo.

(*A los negros.*)

Quitadle pronto la venda,
que me vea cual le veo.

(*Los negros le quitan la venda.*)

(*A Rochambeau.*)

¿A quién buscais?

ROCHAMBEAU.

A Toussaint.

TOUSSAINT (*indicándose á si mismo.*)

Contempla, pues, á este negro.

ROCHAMBEAU.

¿Os burlais?...

TOUSSAINT

El vengador
de un vilipendiado pueblo
debe ser la imagen suya
con su cuerpo contrahecho.
¿Para quien yo soy me encuentras
harto viejo y harto feo?

Cuanto mas nudoso el palo
tanto mas rompe los huesos.

Habla, ¿de mí qué pretendes?

ROCHAMBEAU.

Soy de dichas mensajero.

El gobernador me envia
para entregarte al momento
esos cariñosos hijos
que has llorado tanto tiempo.

TOUSSAINT (*con transporte.*)

¡Y bien! ¡mis hijos! ¡mis hijos!

ROCHAMBEAU.

He venido yo con ellos.

Si de tu fidelidad
rehenes en Francia fueron,
en tus manos serán prendas
de la paz que te ofrecemos.
Haz pues que tus centinelas
no pongan impedimento
á su paso.

TOUSSAINT (*aparte.*)

¡Santo Dios!

(*A los negros.*)

Id, vosotros, y traedlos;
que pase tambien su escolta,
pero que se quede léjos.

(*Indicando un árbol aislado.*)

¡Mirad! ¡alli!...

(*A Rochambeau.*)

¡Vos! corred,

corred, y dadles aliento.

(A los negros.)
 ¡ Vosotros, muerte al que toque
 de los blancos un cabello !

ESCENA V.

TOUSSAINT, ADRIANA.

TOUSSAINT (*muy agitado.*)

¡ Ya vienen mis leoncitos,
 Adriana!... ¡ Los dos! ¡ Del pecho
 salir quiere el corazón
 para volar á su encuentro!
 Un padre soy, nada mas;
 ya caudillo no me siento;
 un padre débil, mas débil
 que una madre, que el acero
 de un implacable asesino
 brillar viendo encima de ellos,
 meterles de nuevo anhela
 en su palpitante seno.

ADRIANA.

¿ Lo veis? ¡ no os decía en vano
 que de la gloria el veneno
 en su memoria no habia
 nuestras imágenes muerto!
 Que volverian al nido
 como dos pájaros tiernos,
 apenas ¡ ay! de su jaula
 lograsen romper los hierros.
 Nos aman...

TOUSSAINT.

¿ Lo crees tú?

ADRIANA.

Que el fruto viene yo creo
 de las raíces... Los blancos
 no han podido con su empeño
 darles otro corazón
 que el que de vos recibieron.

TOUSSAINT (*aparte.*)

¿ Y si de ellos se sirviesen
 como de un pérfido cebo
 para al abrirles los brazos
 herir traidores mi pecho?

¿Si en tanto que locamente
 en sus miradas me embebo,
 viniesen á sorprenderme
 desarmado por mi afecto?
 Ellos de todo se sirven
 contra el estúpido negro,
 y para atraer al lobo
 hacen balar al cordero.

(A Adriana.)

Oye, hija mia, durante
 esta entrevista que anhelo,
 lleva do quier tus miradas,
 porque una celada temo.
 Sobre esos cerros que erguidos
 dominan los demas cerros,
 esta almena de peñaseo
 sube como torre al cielo.
 Esta es mi torre ¿lo entiendes?
 todos mis jefes espertos
 lija tienen la atencion
 en ella y el pensamiento,
 aguardando mi señal,
 que es un estandarte negro,
 tan negro como nosotros,
 y su color en el viento
 pone una mancha lo mismo
 que nosotros en el suelo.
 Treinta mil hombres sumisos,
 que se mueven á mi gesto,
 la vista tienen clavada
 en este súbubre lienzo.
 Con el arma al brazo ocultos,
 mudos y sin movimiento,
 mientras flotar no le vean,
 así estarán; pero luego
 que mi mano lo despliegue,
 como tigres carniceros
 se lanzarán á la presa
 que devorarán hambrientos.
 Si á mi corazon los blancos
 tienden un lazo perverso,
 ¿juras tremolar al punto
 la señal?

ADRIANA.

Al mas pequeño
 movimiento de tus ojos,
 al cercarte el menor riesgo.

Yo por tí y por mi país
incendiara el universo.

TOUSSAINT (*abrazándola.*)

¡Oh sin igual heroísmo!
¡de virtud sublime esfuerzo!

(*Aparte.*)

¡Entre mis hijos y Adriana
cuánta diferencia, cielos!

(*Va á buscar la bandera negra, y se la entrega arrollada á Adriana.*)

Toma, recibe mi vida
ó mi venganza; en tí espero.
Espía, observa y escucha;
ten el espíritu atento;
á los tiros de los blancos
no espongas, hija, tu cuerpo.
Pero apenas el rumor
de pasos, armas ó fuego
percibas, no aguardes, no,
la indicacion de mi gesto.
En uno ó dos saltos sube
á lo mas alto del cerro,
y tremola esta bandera,
que será el sudario negro
de los blancos.

ADRIANA (*tomando con transporte la bandera, y estrechándola contra su pecho.*)

A tu instinto
obedece sin recelo.
Tu suerte está en una mano
que nunca conoció el miedo.

ESCENA VI.

Los mismos, ALBERTO, ISAAC, OFICIALES, SOLDADOS DEL EJÉRCITO FRANCÉS, GENERALES, OFICIALES, SOLDADOS DEL EJÉRCITO DE TOUSSAINT, PUEBLO, despues SALVADOR.

(*La escolta de los hijos de Toussaint gana las avenidas del campo, distinguiéndose á Salvador á la cabeza de los soldados. Algunos oficiales negros detienen la escolta á cierta distancia. Un negro hace salir de las filas á Alberto é Isaac, quienes corren con toda su fuerza*

hacia Toussaint inmóvil que les tiende los brazos. Toussaint se desprende de ellos para contemplarles, y permanece como embebecido.)

TOUSSAINT (*tocando sucesivamente la cabeza de sus hijos.*)

¡Oh mis hijos!

ALBERTO (*arrojándose en sus brazos.*)

¡Tu Alberto!

ISAAC (*poniéndose de puntillas.*) ¡Padre mio!

ADRIANA. ¡Les vuelvo á ver!

ISAAC. ¡Oh! ¡qué milagro, Adriana!

ADRIANA. ¡Hermanos míos!

ALBERTO. ¡Qué alegría! ¿fuera
estás de la prision, hermana amada?

TOUSSAINT (*dirigiendo las manos al cielo.*)

¡Y tú, su madre, que subiste al cielo,
desde el trono de Dios, ó mujer santa,
mézclate tú tambien á nuestro abrazo!

(Se abrazan todos de nuevo, y permanecen agrupados al rededor de Toussaint.)

¡Este momento me enagena el alma,
y la pasada juventud me vuelve!
¡Hijos míos!... ¿y es cierto? ¿y no me engaña
una ilusion?

(Cae de rodillas.)

¡Los cuatro de rodillas!

¡Llorémos de placer dando á Dios gracias!

(Sus hijos se ponen tambien de rodillas.)

Que éstasis tan precioso se prolongue...

Hagamos lo que hacíamos en casa...

¡hijos! ¿os acordais cuando reunidos

como en el nido pájaros estabais?

¿cuando orar os hacia vuestra madre,

y en seguida llorando os abrazaba?...

ISAAC. ¡Madre!

ALBERTO. No vive ya...

TOUSSAINT (*poniéndose un dedo en la boca.*)

¡Vive en el cielo!

(A sus hijos.)

¿No, no habreis olvidado las plegarias,
que encima os enseñó de sus rodillas,
en la lujosa capital de Francia?

ALBERTO. Algo, padre.

ISAAC. ¡Yo, no!

TOUSSAINT.

Difas, hermoso.

Cuando cierro los ojos mientras hablas,
 aun me parece que está aquí tu madre,
 y nada, en mi ilusion, nada me falta...

(Con delirio.)

¡Ó en el cielo me encuentro, ó estoy loco!...

(A Isaac.)

¡Ruega, ruega, Isaac, como rogabas!

ISAAC *(de rodillas y con sus manos entre las de su padre.)*

«¡ Dios bajado del cielo
 «en el puro regazo
 «de una mujer, tan solo
 «para llevar el fardo
 «de nuestra triste vida;
 «nacido en un establo,
 «clavado en un madero,
 «toda tu sangre dando
 «para lavar las almas
 «manchadas del pecado;
 «al padre en quien tú crees
 «ruego en tu nombre santo!
 «¡ En tu suplicio espero,
 «y en tu pobreza te amo!
 «Por las gotas de sangre
 «de tu cáliz sagrado,
 «¡oh Jesus! santifica
 «en la sien del cristiano
 «el sudor que humedece
 «tu cuerpo ensangrentado.
 «Que á nuestro padre honremos,
(Toussaint levanta la cabeza con orgullo.)
 «tu virtud imitando;
 «que de una tierna madre
 «á los ojos crezcamos.
 «Del pájaro del bosque
 «el alimento danos,
 «y despues de la siega
 «el miserable grano
 «que se encuentra perdido
 «en los surcos del campo.
 «Y pues á tí debemos
 «nuestro infeliz estado,
 «dános, Señor piadoso,
 «corazon resignado,
 «y un buen padre en el cielo
 «y en la tierra un buen amo!»

(*Toussaint se levanta con indignacion; sus hijos azorados se levantan con él.*)

TOUSSAINT (*con fuerza.*)

¡Un amo!... ¿Qué has tú dicho?... ¡un amo! ¡nunca!
Ya amos no tiene el negro, esta palabra
borré yo con mi sangre generosa.
¡Hombre es el negro en fin, libre es su raza!
¡No es solo en Roma do rompió Espartaco
la vil cadena que hasta á Dios ultraja!
¡Un amo!... Esta palabra ignominiosa
el lastimado corazon me arranca,
y me recuerda que vosotros, hijos,
sois el regalo de un traidor... ¡Oh rabia!
¡Tengo enemigos!... ¡sí! ¡mas no tengo amos!

(*A sus hijos.*)

¿A despreciarme os enseñó la Francia?
¡Como ella las hubiese corrompido,
yo mismo arrancaria vuestras almas!
Ya mis hijos no sois y mi ternura;
espíritu del blanco sois que os manda.
Es el lenguaje que me hablais el suyo.
¡Han viciado mi sangre!

ISAAC.

¡Basta! ¡basta,

oh padre mio! perdonadme.

TOUSSAINT (*abrazándole.*)

¡Hijo!

léjos de mí toda espresion amarga;
que no la sombra de tu madre gima...
Tú no la dirás mas esa palabra;
¡no hay mas amo que el Dios que está en el cielo!

(*Les mira y toca sus vestidos.*)

Ya no llevais el traje de la infancia,
¿de mí os avergonzáis bajo ese lujo?
(*Alberto é Isaac hacen un movimiento de horror.*)
¡So sus andrajos este viejo guarda
á sus hijos un nombre y un imperio!
Segun la elevacion de nuestras almas,
cada enal ve en los dones de un tirano
viles cadenas ó vistosas galas,
y el freno que el caballo encuentra blando
del leon ensangrienta las quijadas.
Decid ahora: ¿qué los blancos quieren?

ALBERTO.

Solo paz.

TOUSSAINT.

¡Irrision!

ALBERTO.

La paz fundada

en nuestra libertad...

- TOUSSAINT. Sí, sí, lo entiendo.
- ALBERTO. Y en nuestra sumision...
- TOUSSAINT. ¡Calla ya! ¡calla!
- ALBERTO. ¿Sumision?
- ALBERTO. No aquel yugo tan pesado,
tan afrentoso y rudo...
- TOUSSAINT. ¡Basta! ¡basta!
- ALBERTO. nada, nada de paz con las cadenas.
- ALBERTO. La completa igualdad de las dos razas;
á todos cobijando su bandera...
- TOUSSAINT. ¡Cual cobija al cadáver la mortaja!
- ALBERTO. Sus tropas ocupando nuestros fuertes;
nuestras calas y puertos sus escuadras;
pero...
- TOUSSAINT (*cortándole la palabra.*)
¡Qué partan! ¡que su infame polvo
aun nuestras frentes y rodillas mancha!...
El Océano solo entre nosotros
es la paz ¿lo comprendes?... ¡Dí que partan!
- ALBERTO. No son los blancos lo que un día fueron;
conocen vuestras prendas y os acatan.
- TOUSSAINT. ¿Es eso cierto? ¿es mas que un hombre el cónsul?
¿Mi gratitud qué nombre á dar alcanza
á un héroe casi Dios?
- ALBERTO. Llamadle amigo.
¡Si supieseis, señor, cuánto él os ama!
«Grandes somos los dos, un día dijo,
«seamos pues hermanos, que aunque vasta
«tiene la tierra un astro solo, tiene
«dos hemisferios.»
- TOUSSAINT (*reflexionando.*) Esa frase es clara,
es clara aunque profunda, y en su fondo
creo un imperio ver que se levanta.
(*A sus hijos.*)
¡Id! llevad á los blancos mi respuesta,
su jefe, si es sincero, me desarma.

ESCENA VII.

Los mismos, EL PADRE ANTONIO.

(*Durante las últimas palabras del monólogo de Toussaint, el fraile se coloca detrás de él; escucha, saca una carta de su manga, la abre y la presenta á Toussaint.*)

- EL FRAILE. ¿Sincera?... Oid, y lo sabreis muy pronto:
«Todas las noches, en la misma estancia

«del altanero cónsul, se reuen
 «varias personas de valer que pasan
 «por partidarios de la raza negra,
 «pues por su libertad algo trabajan.
 «A uno de ellos el cónsul irritado
 «dirigió con desden estas palabras:
 «— Ciudadano, soy blanco, y ellos negros,
 «y mi razon en mi color descansa.
 «Vuestra filantropía es execrable!»

Toussaint arranca la carta de las manos del fraile, y la acaba de leer con ira.)

TOUSSAINT. «Y en seguida añadió con mucha calma:
 «— En su sangre ahogara, si pudiera,
 «á los amigos de esa infame raza.
 «La libertad, creedme, de los negros
 «seria de los blancos la mortaja.»

EL FRAILE. ¡Hé aquí vuestro aliado!

TOUSSAINT. ¡Nunca! ¡infame!

EL FRAILE. La voz escucha de la sangre que habla;
 el fondo de su espíritu contempla.

TOUSSAINT. Nada, nada su máscara me tapa;
 ¡para siempre jamas es mi enemigo
 el que mi raza desdeñoso ultraja!

ALBERTO. ¡Señor, de vuestra cólera sed dueño,
 y vuestra posición medid con calma.
 Él solo con la ley sobre los negros
 quiere reinar. ¡Un paso solo os basta
 para ser libre! ¡una palabra sola
 os hace rey!... ¡Oh padre mio!...

(Tiende la mano á su padre.)

TOUSSAINT *(retirando la suya.)* ¡Aparta!...

¡Se de mi sangre si abrazarme quieres!
 Entre nosotros dos media una raza.
 ¡Un hijo, con mi sangre rescatado,
 un pacto me aconseja que me infama!
 ¿Quieres que del verdugo de los míos
 el silencioso cómplice me haga?
 ¿Y aun os llamais mis hijos? En mi seno
 cuarenta años seguidos con constancia
 he mis grandes designios escondido,
 evaporado mi rencor y saña,
 bebido mi vergüenza y mi ignominia,
 devorado mis lágrimas de rabia,
 jugado como juega torpemente

con la cadena el perro que le amarra,
 trazado mi camino con mi sangre,
(Descubre su pecho y muestra sus cicatrices.)
 blandiendo airado la temida espada,
 para ver ¡oh feroz última afrenta!
 á mis hijos mi sangre echarme en cara,
 y decirme: «Tú, padre, te engañaste;
 «para esclavo naciste, el freno tascas.»
 ¡No, no lo tascaré! ¡Muera en buen hora,
 y dígame: «Toussaint delante marcha
 «de su pueblo á la tierra prometida,
 «y morirá en la senda que le traza!
 «Hijos tenía el infeliz!... ¡Sin ellos
 «hubiera sido un rey, sido un monarca!»
 ¡Id, corazones, cuyas fibras pudo
 reblandecer la corrompida Francia!
 libres os dejo aunque llevais mi sangre...
 ¡Id! ¡pedid á los blancos otra patria!

ISAAC.

¡No, no, yo de tu lado no me aparto,
 aunque vea un abismo que nos traga!

ADRIANA *(tendiendo los brazos á Alberto.)*

¡Oh, miranos, Alberto!

ISAAC *(procurando que Alberto mire á Toussaint.)*

¡Tú la tierra

miras y nada mas! ¡di una palabra!

TOUSSAINT.

¡Demasiado elocuente es su silencio!...

¡Eh! ¡no vaciles mas, Alberto! ¡marcha!

(Estremeciéndose de repente.)

¿Partirás, infeliz, á un tiempo haciendo
 tal traicion á tu padre y á tu patria?

¡Oh mi Alberto! ¡mi amor! ¡luz de mis ojos!

¡hijo primero de mi esposa amada!

¡tú, carne de mi carne, que, aun pequeño,

cuando contra mi pecho te estrechaba

daba á tu corazon nobles pasiones!

¡de mis hazañas primitiva causa,

que entrabas para todo en mis designios,

pues en tí cimentaba mi esperanza,

y en los arroyos de copiosa sangre

que vertia por tí te reflejabas

grande, libre, feliz, rey á mis ojos!

cuando á su ruina ciegamente avanzan

atraidos por mí nuestros tiranos,

¿mi corazon en su fatal borrasca

harás tú reventar dentro del pecho?

¡hijo sin compasion! ¡hijo sin alma!

¿á la tortura llevarás mi carne?
 ¡ Vuélveme, oh Dios, mi esclavitud pasada!
 ¡ al menos hijos el esclavo tiene!
 ¡ traidores y no mas tiene el que manda!
 ¡ Pero no! me envilecen mis esfuerzos;
 no te conozco ya... ¡ quitate! ¡ marcha!...
 ¡ Perdona, oh mi pais, el grito horrible
 que la tortura al desgraciado arranca,
 sin que pueda arrancarle su secreto
 por mas que despedace sus entrañas!

(A Alberto con desprecio.)

¡ Vuelve tú á la cadena, miserable,
 yo á mi mision que con la vida acaba!

ALBERTO *(con embarazo.)*

¡ Oh padre mio! al cónsul mi promesa
 mi voluntad de mil maneras ata;
 le prometí no colocarme nunca,
 sierais inaccesible á mis palabras,
 entre sus enemigos. ¡ Perdonadme!
 Yo debo hacer lo que el honor me manda;
 ¡ vuestra gloria y la gloria de los negros
 para vos aquí están, para mí en Francia!
 ¡ De vuestro lado al arrancarme, en vano
 mi pobre corazon se despedaza!
 ¡ A otra parte me llama mi promesa!

ADRIANA *(lanzándose á sus piés.)*

¡ Quien te llama es tu amor! ¡ ay! de tu Adriana
 los brazos que se crispan suplicantes,
 esta vida á la tuya encadenada,
 mi corazon que vivifica solo
 de un puro amor la inextinguible llama,
 ¡ nada te mueve!... ¿ Qué secretos tiene
 quien así logra fascinar las almas?
 ¿ Has leído tú acaso mas cariño
 de una pobre mujer en las miradas?
 ¡ El corazon lleno de fe que tengo
 bajo tus piés sin compasion aplasta!
 ¡ pisa este corazon que por tí herido
 gritos de amor y no de enojo lanza!...
 ¿ No es verdad?... ¡ el cariño te devuelve
 á tu padre, á nosotros, á tu raza!

(Arrojándose en sus brazos.)

¡ Ah! palpar bajo mi frente siento
 su corazon; ya veo en sus pestañas
 suspenderse una lágrima; ¡ ya cede!...
 ¡ ya cede! ¡ ya de mí no se separa!

ALBERTO (*desesperado, á su padre y á Adriana.*)
Entre vosotros y el honor, ¿quién puede reflexionar?

ISAAC. ¿Reflexionar?

EL FRAILE. ¡Le falta
resolucion! ¡vacila!

ADRIANA. ¡Llora!

EL FRAILE. ¡Cede!

ALBERTO. Vuestro es mi corazon; pero me arrastran mis compromisos hácia el cónsul. Debe el negro como el blanco á su palabra ser siempre fiel. ¡Mas he ofrecido acaso de lo que la razon me aconsejaba!... ¡Pero es fuerza cumplir!... ¡oh! ¡perdonadme! ¡supieseis cuánto sufro!

(*Hace un signo de desesperacion y se aleja algunos pasos, lentamente, con la cabeza baja. Adriana lanza un grito. Toussaint hace un ademan de abatimiento.*)

ADRIANA. ¡Aguarda!... ¡aguarda!...
(*Alberto retrocede. Con alegría.*)
¡Ah! ¡ya sabia yo que volveria!

(*En este momento Salvador que, sin ser percibido, se habia adelantado hácia el lugar de la conferencia, se muestra de lejos sobre una roca.*)

SALVADOR (*en voz á la y lentamente, haciendo señas á las tropas blancas con la espada.*)
¡Acuérdate del cónsul! ¡No te abatas!
El momento ha llegado de ser hombre:
¡en tí fija la Europa sus miradas!

(*Alberto vacila. En el mismo instante dos oficiales suben la cuenta, cogen á Alberto del brazo y le arrastran hácia Salvador.*)

EL FRAILE (*á Toussaint.*)
¡Lo ves! ¡lo ves!

TOUSSAINT. ¡Mi corazon vacila!...
¡Vuelve, hijo mio! ¡cedo ya!...

EL FRAILE. ¡Qué infamia!
¡Oh baldon! ¡oh ignominia! ¡oh vilipendio!
¡Es un pueblo quien cede!

TOUSSAINT. ¡No! ¡es mi alma!

(Adriana é Isaac se mantienen abrazados convulsivamente viendo desaparecer á Alberto. Toussaint, azorado, vacilante, andando como á tientas, tendiendo los brazos ya á un lado ya á otro, sigue los pasos de su hijo, y articula algunas palabras confusas lentamente entrecortadas.)

¡ Ay! esos grandes fundadores hijos
no tenían, señor, ellos no amaban!
¡ Pero yo!... ¡ pero yo!... ¡ Triunfasteis, blancos!
¡ triunfasteis, sí, por que yo tengo entrañas!

(Cae desmayado en un cerro. Adriana, el fraile, Isaac, le siguen, se inclinan hácia él para reanimarle y levantarlo; Isaac le ciñe el cuello con los brazos.)

ISAAC. ¡ Ah! ¡ yo amaré por dos, oh padre mio!
EL FRAILE *(de rodillas.)*

¡ Tiene, pues, su agonía, Virgen Santa,
el genio, redencion de todo un pueblo!
¡ Oh Padre, que el sudor mirais que baña
de vuestro hijo la angustiada frente,
sostenedle en su cruz!

(Se oye un rumor sordo, que va en aumento, en los valles y en las gargantas debajo de la meseta. Se ven brillar á los primeros resplandores del sol naciente bayonetas que se deslizan por los cerros.)

ADRIANA *(levantándose sobresaltada é inclinándose hácia la quebrada.)*

¡ Cielos! ¡ qué pasa!
¡ qué resplandor, qué estrépito de aceros
van brillando y subiendo en la montaña?
No hay duda, no... ¡ A las armas!... ¡ Oh vergüenza!
¡ iba á morir mi patria por mi falta!
¡ Toussaint!... ¡ No me oye, no! ¡ pero á la mía
llegan los resplandores de su alma!
¡ Que sus pliegues estienda la bandera!
¡ demos á todos la señal que aguardan!
¡ Vosotros, animadle y levantadle!
¡ Muera al menos en pié y en la batalla!

(Corre, toma precipitadamente la bandera, colocada en una punta del peñasco, sube encima de la cresta mas elevada, y planta en ella el estandarte, agitándolo para que se perciba de mas lejos. Se oyen al mismo tiempo en todos los cerros cañonazos lejanos, tiros y voces de mando. A los primeros tiros, Adriana, que tenía espuesto

todo el cuerpo á las balas, vacila y cae herida mortalmente en el corazon, quedando envuelta en los pliegues de la bandera. Toussaint, el fraile é Isaac, que corren á ella al oír el fuego, la trasladan á la escena, ensangrentada y espirante.)

TOUSSAINT (*llorando.*)

¡ Sublime jóven! tu gloriosa muerte
de dos martirios te logró la palma.
¡ Un hijo pierdo, y otro en tí!... ¡ Ya has muerto!
¡ mas su triunfo te debe nuestra raza,
ángel de la victoria! ¡ ángel del pueblo!

(Queda anonadado, olvidándolo todo sobre el cadáver.)

EL FRAILE. ¡ Déjanos á nosotros las plegarias!
¡ Entre dos mundos esta sangre humea!
¡ Acaba! ¡ cumple tu mision!...

TOUSSAINT (*volviendo de repente en sí, se encarama á su vez hasta la punta de la roca, coge la bandera caída de las manos de Adriana, y esclama con voz terrible:*)

¡ Al arma !!

(De todas las cavidades de las rocas salen soldados blancos y negros. El cañon retumba á lo léjos. Se cruzan los tiros de fusil.)

FIN.

DOS PERLAS LITERARIAS.



TOUSSAINT-LOUVERTURE.

(IV)

(Ayguals de Izco hermanos, editores.)

CREEMOS HACER UN OBSEQUIO Á LOS LECTORES DE LAS DOS PER-
LAS LITERARIAS, PRESENTÁNDOLES ALGUNOS APUNTES BIOGRÁFICOS
DEL CÉLEBRE AUTOR

Mr. Alfonso de Lamartine.

Nació este famoso y distinguido personaje por los años de 1792, siendo su padre un noble de provincia de las orillas del Saona. Su primera juventud la pasó en la oscuridad y ocupado solo en estudios, viajes y en la vida retirada del campo. Durante este tiempo habia hablado mucho con la naturaleza, con los libros, con su corazón y con su pensamiento, y cobrado un grande ódio hácia el imperio, cuya servidumbre, gloriosa solo en el exterior, era en el interior pálida y sombría. La lectura de Tácito, sublevaba su alma contra la tiranía del nuevo César. Oriundo de una familia militar, religiosa y realista, habia ingresado Lamartine en los guardias del rey á la vuelta de los Borbones, como todos los jóvenes de la antigua nobleza provinciana; bien que, disgustado luego del servicio en tiempo de paz, hubo de retirarse para volver de nuevo á su independencia y á sus escursiones por el mundo. Entonces publicó algunas poesías que dieron á conocer su nombre; encargándose desde luego de proteger esta reputacion naciente M. de Talleyrand, M. Pasquier, M. Mounier, M. Royer Collard, M. de Broglie, M. de Bonald, y muy especialmente M. de Lainé, bajo cuyos auspicios entró á servir en la carrera diplomática. Conocidas despues sus opiniones liberales y constitucionales, disgustaron extraordinariamente á la corte; así que, su carácter independiente perjudicó sus adelantos, no siendo ascendido á ministro plenipotenciario en Grecia hasta el año de 1830.

Verificada por este tiempo la revolucion de julio, presentó Lamartine la dimision de su destino por respetos á la fortuna adversa de los reyes á quienes habia servido, y no queriendo participar de la fortuna próspera de los nuevos reyes, recientemente elevados. Encaminóse algun tiempo despues á Oriente; en cuyo viaje empleó dos años, y le pareció que el horizonte del mundo habia ensanchado su pensamiento. Y es que, tanto quanto nos entristecemos á la vista de las ruinas de los imperios, otro tanto queda fortificada nuestra filosofía, porque vemos á la manera que desde las alturas de una cúspide geográfica salir, crecer y perderse las razas, las ideas, las religiones, los tronos y los pueblos. Unicamente percibimos á la humanidad trazando su carrera y multiplicando sus puntos de parada en el camino de lo infinito; pero vemos mas claramente á Dios al final de la ruta que siguen en caravana las naciones. Indagamos el objeto que se propuso la Divinidad en la civilizacion de los pueblos; y hé aquí que creemos distinguirle despues de haber adquirido la fe en el progreso indefinido de las cosas humanas. La política de este ó el otro tiempo, de tal ó cual pais, se reduce y desvirtua; la política universal y eterna se presenta siempre la misma; se sale hombre y se vuelve filósofo, adoptando por todo partido, el partido de Dios. La opinion se convierte en una filosofía, y la política en una religion: tal es efecto de los largos viajes, y tal el de los profundos pensamientos ocurridos cuando se atraviesa por el Oriente. Solo se comprenden como en el fondo de un abismo incomprendible los secretos del lecho del Océano, antes que el Océano se seque: otro tanto acontece con los pueblos; la historia no comprende á estos hasta que dejaron de existir.

Mientras su viaje á Oriente, fué elegido Lamartine diputado por el departamento del Norte, desempeñando este cargo por espacio de doce años, enteramente aislado de los partidos, buscando el camino de la verdad y la luz de la filosofía en todo, tomando la palabra y usándola ya en pró ya en contra del gobierno, sin profesar ódio ni afecto alguno á la nueva dinastía, viéndola reinar en calma, y solo dispuesto á protegerla cuando gobernase segun los

principios de una democracia progresiva en derecho y en poder, ó á resistirla cuando emprendiese una marcha de reacción ó retroceso.

Los principios políticos del diputado eran entonces los de la verdad eterna, áquellos que se encuentran en el gran libro, llamado *El Evangelio*: la igualdad de los hombres ante Dios, puesta en práctica aquí en la tierra, por medio de leyes y formas de gobierno, que dan al mayor número y dentro de poco darán á la universalidad de los ciudadanos, una parte idéntica de intervención personal en el gobierno, y tras de esta los beneficios morales y materiales de la sociedad humana.

Pero, esto no se opone á que Lamartine reconociese como reconocía en efecto el gobierno de la razón por de mejor índole que la soberanía brutal del número, puesto que, siendo á sus ojos la razón el reflejo de Dios sobre el género humano, la soberanía de la razón era la soberanía de Dios. No llevaba hasta lo quimérico sus ideas de igualdad violenta y actualmente imposible de las condiciones sociales, ni comprendía sociedad alguna civilizada sin las siguientes tres bases que parecen dadas por el mismo instinto, ese gran descubridor de verdades eternas, á saber: el Estado, la propiedad y la familia. Se horrorizaba solo al pensar en el comunismo de bienes, que ha de envolver necesariamente el comunismo de la mujer, del hijo, del padre, de la madre, y el embrutecimiento de la especie, compadeciéndose del socialismo en sus diferentes fórmulas, *sansimoniana*, *fourrierista*, *espropiación del capital*, á pretexto de emancipar y multiplicar el producto. Ciertamente que la propiedad como todo lo demás le parecía susceptible de perfección en virtud de instituciones que la desenvuelvan, en vez de aniquilarla; pero en su concepto la forma más libre y perfecta de asociación entre el capital y el trabajo era el salario protegido, puesto que este es la proporción exacta, libremente combatida entre el valor del trabajo y las necesidades del capital, proporción expresada en todo país libre por lo que se llama *concurrencia*.

Ultimamente, penetrado de las ventajas de la propiedad, ver-

dadero derecho de ciudadanía de los tiempos modernos, aspiraba á extinguir gradualmente el proletariado, llamando á la propiedad mas estensa al mayor número posible y despues á la universalidad de los ciudadanos; bien que reconociese siempre que la primera condicion de este llamamiento sucesivo de una parte de la propiedad en la mano de todos, debia ser el respeto á la propiedad en la mano de los propietarios, de los comerciantes y de los industriales, elevados ya á esta dignidad y bienestar por el trabajo y por el derecho hereditario de la familia. Desposeer á los unos para enriquecer á los otros, le parecia á Lamartine en vez de progreso un despojo ruinoso para todos.

Con tales ideas acerca de la parte social de la revolucion que muy en breve iba á efectuarse ó mas bien acerca del gobierno que deberia establecerse en provecho de las masas, llano es suponer que el diputado por Macon no se presentaria, como no se presentó en efecto, en algunos de aquellos banquetes oposicionistas, dados en en Paris y en otras ciudades de Francia á fines de 1847; parecióle desde el principio á Lamartine, que semejantes demostraciones confusas y turbulentas, ó no alcanzarian ó pasarian el limite de su oposicion. Esto, no obstante, cuando llegó el momento crítico de hacer frente á las arbitrariedades del poder, cuando el someterse á las exigencias de un ministro, hubiera sido, como dijo el mismo Mr. Alfonso, poner el cuello de la Francia bajo los piés del funcionario, ya entonces abogó por el derecho de reunion, y, lo que es mas, hizo cuanto pudo por sostener á la oposicion parlamentaria en su primera idea de concurrir al banquete preparado en Paris para los últimos dias de febrero.

Llegado el 24 de este mes y año de 1848, dióse principio á aquel drama sangriento representado en las calles de la capital de Francia, que no terminó sino con la muerte de una multitud de ciudadanos y la abdicacion de Luis Felipe; pues bien, en esta ocasion no desempeñó Lamartine otro papel que el de pacificador de los amotinados y director de la revolucion por el camino mas corto y que menos trastornos políticos y sociales ocasionase al pais. Sin

haber tenido de antemano la menor parte en todo lo que fuese conjuración contra la monarquía, el diputado por Macon se había acostado la víspera afligido por la sangre vertida en el boulevard, pero confiando al propio tiempo en que la noche, durante la cual cesó la lucha, y algunas concesiones del monarca al día siguiente, pondrían total fin al movimiento. Y á la verdad, no perteneciendo Lamartine á ningun partido en la Cámara, faltó absolutamente de cómplices en las calles y retenido en cama por una indisposición ligera, ¿qué necesidad tenía él de salir de su inacción?

No obstante, serian las diez y media de la mañana del día siguiente, cuando uno de sus amigos fué á decirle, que se temia una invasión del pueblo en la Cámara. Entonces se levanta precipitadamente Lamartine, bien que teniendo aun por imposible que 50,000 soldados reconcentrados en Paris no hubiesen podido sofocar el movimiento, y la idea sola del peligro á que pudieran verse espuestos sus compañeros, le hace dirigirse corriendo á participar de él. La popularidad y el aprecio de que gozaba dentro y fuera del sagrado recinto, podia hacer su presencia útil y su intervención necesaria para proteger la vida de los diputados ó de los ciudadanos. Ahora, por lo que toca á la cuestión política, esta le parecia resuelta por de pronto, con la abdicación, verificada ya del rey; así es que salió de su casa por un sentimiento de honor, de ningun modo por la política, pues creia decidida la crisis. Momentos antes de poner el pié en la calle, dijo: «El día de ayer ha sido un 20 de junio: una monarquía desarmada que capitula bajo el fuego de las descargas, no es ya una monarquía; el 10 de agosto viene detrás, pero todavía está lejos.»

Solo y á pié llegó Lamartine á la Cámara de diputados, donde le aguardaban bajo el pórtico siete ú ocho personas, completamente desconocidas de él, pero cuya mayor parte eran periodistas de la oposición y algunos hombres activos, conocidos desde 1830 por sus opiniones republicanas del carácter de las del *National*. Rodeado el diputado por ellos, en los corredores de la Cámara, vióse en la precisión de otorgarles una conferencia secreta, que le pedian con

premura, en una sala interior del edificio. Entonces, uno de los republicanos tomó la palabra á nombre de todos, y dijo á Lamartine: «El tiempo vuela; los acontecimientos nos amenazan con un resultado desconocido; nosotros somos republicanos, y nuestras convicciones, nuestras ideas y nuestras vidas están dedicadas á la república. No habíamos de negarlo precisamente en el momento en que nuestros amigos derraman su sangre fuera de aquí por esta causa: ella será siempre el alma de nuestras almas, el objeto supremo de nuestras esperanzas, la tendencia constante de nuestros actos y escritos: en una palabra, no la abandonaremos nunca; pero podemos aplazarla y suspenderla ante otros intereses superiores, segun nosotros, á los de la república misma, los intereses de la patria. ¿Está la Francia madura para esta forma de gobierno? ¿La aceptaria sin resistencia? En el caso de plegarse á ella, ¿no cometeria despues ninguna violencia? Hé aquí los escrúpulos y las dudas que nos asaltan; pero á pesar de todo es preciso decidirse. El pueblo invoca vuestro nombre y confia en vos; sois, pues, el hombre de las circunstancias. Lo que digais será aprobado, lo que hagais se tendrá por bien hecho. El reinado de Luis Felipe ha concluido, y ya no es posible una avenencia entre él y nosotros: pero hay un término medio; la continuacion de la monarquía temporal bajo el nombre de un niño, bajo la débil mano de una mujer, y bajo la direccion de un ministro popular mandatario del pueblo y querido de los republicanos. ¿Quereis vos ser el ministro, el tutor de la dignidad real moribunda y de la libertad naciente, gobernando á esta mujer, á este niño y á este pueblo? Tened entendido que en semejante caso, el partido republicano se os entrega auténticamente por nuestro órgano, y que estamos prontos á comprometernos de una manera solemne para colocaros en el poder por la fuerza irresistible ya de la revolucion, á sosteneros en vuestro puesto y aun perpetuaros con nuestros votos, nuestros discursos, nuestras sociedades secretas y hasta con nuestras fuerzas disciplinadas en medio del pueblo.» Al llegar aquí el orador entusiasta y concienzudo cesó de hablar, dando sus colegas las mayores muestras de asentimiento á

este discurso con su silencio y sus ademanes. Entonces Lamartine, previo un momento de silencio y de reflexion, dijo, entre otras cosas:

«Aunque no soy republicano de raza, es decir absoluto, como vosotros, voy á probaros que lo soy político, es decir mas republicano que vosotros mismos. Creo deber rehusar en este momento la cooperacion que teneis á bien ofrecermé para aplazar la república, dado caso que esta haya de nacer en hora determinada: como republicano político os declaro que no conspiro, que no destruyo, que no deseo siquiera actualmente la caída del trono; pero una vez en tierra por sí mismo, no seré yo seguramente el que trate de levantarle, ni seguiré otro movimiento que el mas pronunciado, esto es, el de la república. Voy á deciros el por qué.

El pueblo tranquilo quizás esta noche con la proclamacion de la república, volverá á la carga mañana para conquistar otra innovacion, y sucederá al cabo que habiendo obtenido en cada una de estas manifestaciones una semi-concesion, se habrá llevado hasta el último resto del poder. Las masas serán impelidas por otros republicanos mas ardientes que vosotros, y esto cuando solo hayais dejado al trono lo suficiente para irritar á la libertad y sin lo necesario para contenerla. Un trono así será objeto constante de las oposiciones, de las sediciones y de las agresiones de la multitud; del 20 de junio ireis á dar en el 10 de agosto, y de aquí en las terribles jornadas de setiembre. Hoy se pediria á este poder débil el cadalso en el interior y mañana la guerra nacional en el exterior; no podria negar nada sin esponerse á ser violentado; escitariais al pueblo á verter sangre. Desgraciada y horrorosa revolucion si llegase á tomarla el gusto! Traeria en pos de sí el 93 de la miseria, del fanatismo y del socialismo. La guerra civil fomentada por el hambre contra la propiedad, pesadilla de los utopistas, vendria á ser la realidad momentánea de la patria. Por haber querido detener á una mujer y á un niño en la pendiente de un destronamiento pacífico, hariais que

rodaran la Francia, la propiedad y la familia por un precipicio de anarquía y que cayera finalmente en un abismo de sangre. . . .

Pero confio aun que Dios alejará esta crisis de nuestro país: y por lo que á mí toca os repito, que yo acepto las revoluciones pero no las hago. Para echar sobre sí la responsabilidad de un pueblo, es preciso ser un malvado, un loco, ó un Dios.» — Lamartine dice bien, exclamó entonces uno de los interlocutores.—Separémonos y obrad como mejor os parezca, añadieron los otros, dirigiéndose al diputado.—Así sucedió en efecto, Lamartine se entró en el salon de las sesiones y los republicanos salieron del edificio.

Difícil y ageno de este sitio seria referir uno por uno todos los acontecimientos que tuvieron lugar en aquella sesion borrascosa, y aquel dia memorable (el 24 de febrero) en que quedó proclamada la república y nombrado un gobierno provisional en Francia; así que, baste saber que Mr. de Lamartine formó parte de dicho gobierno; que este honrado y celoso diputado, dando pruebas de una serenidad y un valor admirables, hizo los mayores esfuerzos y consiguió al fin restablecer el orden público fuertemente alterado en el seno de la representacion nacional, en las calles y en las plazas de Paris; que combatió luego tenazmente y triunfó de la anarquía en el *Hôtel-de-Ville* y otros puntos, y por último, que, encargado del ministerio de Negocios estranjeros, y á favor solo de su *Manifiesto á la Europa*, impidió que esta se armase contra la Francia, salvando así á su país de una anarquía en el interior y de una guerra en el exterior. Pero todo esto no impidió que al cabo de algun tiempo perdiese su prestigio entre las masas y se viese precisado á retirarse á la vida privada. En ella permanece actualmente el célebre escritor, respetado de su familia, honrado de sus conciudadanos, y siendo la admiracion de todos los amantes de la elocuencia y la mas bella poesía.

COLOCACION DE LAS LAMINAS.



	<u>Págs.</u>
Retrato de Lamartine (I).	1
Genoveva y Cipriano (II).	94
Joaquin, Genoveva y Lamartine (III).	207
Toussaint-Louverture (IV).	338

